EL ABUELO

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

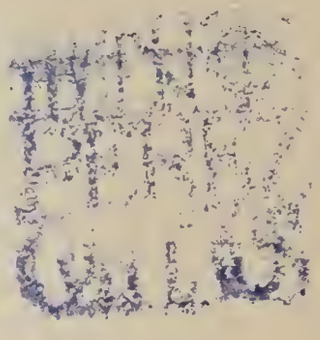
B. PÉREZ GALDÓS

Estrenado en el Teatro Español, de Madrid, el 14 de Febrero de 1904.

MADRID
SUCESORES DE HERNANDO
11, Arenal, 11
1913

EL ABUELO

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



EL ABUELO

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenado en el Teatro Español, de Madrid, el 14 de Febrero de 1904.

MADRID
SUCESORES DE HERNANDO
11, Arenal, 11
1913

720361

PERSONAJES

DON RODRIGO DE ARISTA-POTESTAD, CONDE DE ALBRIT.
DOLLY (DOROTEA) } sus nietas.
NELL (LEONOR) }
LUCRECIA, CONDESA DE LAÍN, nuera del Conde y madre de Nell y Dolly.
VENANCIO, antiguo colono de Albrit, después propietario de *La Pardina*.
GREGORIA, su mujer.
DON PÍO CORONADO, preceptor de las niñas.
SENÉN, antiguo sirviente de Laín, después empleado.
EL CURA (DON CARMELO).
EL MÉDICO (SALVADOR ANGULO).
EL ALCALDE (DON JOSÉ MONEDERO).

La acción pasa en una villa marítima del Norte de España, designada con el nombre convencional de *Jerusa*. Las principales escenas del drama se desarrollan en *La Pardina*, granja señorial que perteneció á los estados de Albrit. Siglo XIX.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Hijos de Tello, impresores.— Carrera de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Arboleda frondosa en la finca señorial llamada La Pardina. *Al fondo, una extensa alameda, que es el principal ingreso de la posesión; á la derecha, el pórtico de la casa, de antiquísima, venerable y noble arquitectura, con los escusones de Laín y Potestad; á la izquierda, un seto de ciprés recortado con puertecilla rústica, tras el cual hay una huerta.—Corpulentos árboles de robustos troncos dan sombra á toda la escena, extendiendo sobre ella un toldo de espeso ramaje.—Junto al pórtico, mesa circular de piedra, y sillas ó bancos rústicos. Es de día.—Verano.*

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, recogiendo en una cesta diversas hortalizas que forman montón sobre la mesa; VENANCIO, que entra por el fondo.

GREGOR.—¡Ah! Venancio... ¿ya estás aquí?

VENANC.—(Sofocado, limpiándose el sudor de la cabeza.) ¡Brrr! ¡Qué calor!

GREGOR.—Descansa. (Curiosa.) ¿Y qué has averiguado al fin? ¿Es cierto lo que dicen? ¿Tendremos en Jerusa á la señora Condesa?

VENANC.—(Displicente.) Sí. ¿Has visto tú alguna vez que falle una mala noticia?

GREGOR.—(Suspensa.) ¿Y cuándo llega?

VENANC.—Hoy... Pero no te apures... Se alojará en casa del señor Alcalde.

GREGOR.—Menos mal. Pues otra... Si llega también el señor Conde, se juntarán aquí el agua y el fuego... Y yo pregunto: ¿vienen y se topan aquí por casualidad, ó es que se dan cita para tratar de asuntos de la casa?... porque de resultas de la muerte del Condesito, habrá enredos...

VENANC.—¿Yo qué sé? La Condesa Lucrecia vendrá como siempre, á dar un vistazo á sus hijas...

GREGOR.—¡Ah, ruin pécora!... Las tiene en este destierro para poder zancajear y divertirse sola por esos Parises y esas Ingalaterras de Dios... ó del diablo... ¡Tunanta! Lo que yo te digo, Venancio: comprendo que su suegro, el señor Conde de Albrit, que es el primer caballero de España... ¡y que lo digan! le tenga tan mala voluntad á esa condenada extranjera, de quien se enamoró como un tontaina el Condesito (que esté en gloria)... Lo que no me cabe en la cabeza es que parezca por aquí, si sabe que ha de hocicar con ella... ¿O será que lo ignora? ¿Qué piensas, hombre?

VENANC.—(Revolviendo en la cesta de hortalizas.) Pienso... que traerán ella y él las uñas bien afiladas... Créelo: hemos de ver por tierra mechones de barbas blancas ó de pelos rubios, y tiras de pellejo... porque si el Conde don Rodrigo quiere á su hija como á un dolor de muelas, ella en la misma moneda le paga.

GREGOR.—Por supuesto, al señor Conde habremos de alojarle.

VENANC.—Y darle de comer... ¡qué duda tiene!

GREGOR.—Es cosa averiguada que no ha traído de América el polvo amarillo que fué á buscar.

VENANC.—Ha traído el día y la noche. Cuando embarcó para allá, había desperdigado toda su fortuna... Esperaba recoger otra, que le ofreció el Gobierno del Perú por las minas de oro que allá tuvo su abuelo, el que fué Virrey... Pero no le dieron más que sofoquinas, y ha vuelto pobre como las ratas, enfermo, casi ciego, sin más cargamento que el de los años, que ya pasan de los setenta... Luego, se le muere el hijo, á quien adoraba...

GREGOR.—¡Infeliz señor!... Venancio, tenemos que ampararle.

VENANC.—Sí, sí; no salgan diciendo que no es uno cristiano. ¡Quién lo había de pensar!... ¡Nosotros, Gregoria, dando de comer al Conde de Albrit, el grande, el poderoso, con una cáfila de reyes y príncipes en su parentela, el que no hace veinte años todavía era dueño de los términos de Laín, Jerusa y Polan!... Díganme luego que no da vueltas el mundo.

GREGOR.—Ahora caigo en que el señor Conde viene á ver á sus nietas. Sí, Venancio: anda en busca de un querer que dé consuelo á su alma solitaria.

VENANC.—Podrá ser. (Recordando.) ¿Sabes tú quién podrá sacarnos de este mar de dudas y confusiones? Senén.

GREGOR.—Ayer llegó á Jerusa... Dijéronme las niñas que le han visto, y que está hecho un caballero.

VENANC.—Empleado público, funcionario, como quien dice, nada menos que en las oficinas de Hacienda de Durante. Criado fué de la Condesa, que, en premio de sus buenos servicios, le ha dado credenciales, ascensos...

GREGOR.—Le protege, según dicen, porque le servía de correveidile y de...

VENANC.—Cuidado, Gregoria.

GREGOR.—*Etcétera*... en sus enredijos... amorosos. Ello es que siempre que nos visita la señora, recala Senén, y no la deja vivir con su pordioseo impertinente... Que si la recomendación... que si la tarjeta al Jefe... que si la carta al Ministro ó al demonio coronado...

VENANC.—Senén es listo: se cuela por el ojo de una aguja.

GREGOR.—(Vivamente.) Paréceme que oigo su voz.

VENANC.—Él es, sí. (Mirando hacia el fondo.) Por allí va... charlando con José María... ¡Qué pachorra!... Y quedó en venir á contarme...

GREGOR.—Llámale, hombre. (Ambos se dirigen al fondo.)

VENANC.—(Llamando.) ¡Senén, maldito Senén!...

GREGOR.—(Impaciente.) No hace caso. ¡Vaya un posma! Tráele, por Dios. (Aléjase Venancio. Gregoria permanece en el fondo de espaldas al público. Aparecen Nell y Dolly viniendo de la huerta. No quieren ser vistas de Venancio y Gregoria. Andando las dos de puntillas, Dolly va delante como explorando el terreno.)

ESCENA II

NELL y DOLLY; en el foro, VENANCIO, GREGORIA.

NELL.—Cuidadito, Dolly... si nos ven...

DOLLY.—Nos obligarán á entrar en casa.

NELL.—(En voz baja.) Di, ¿no podríamos salir al bosque por el patio?

DOLLY.—Mejor iremos por la alameda.

NELL.—Pero estos brutos nos cortan el paso.

DOLLY.—Aguarda un momento.

NELL.—(Mirando á Gregoria.) Si se fueran...

DOLLY.—(Que ha avanzado explorando, retrocede asustada.) ¡Que vienen!

NELL.—¡Atrás! (Con suma ligereza vuelven á la huerta.)

DOLLY.—Por aquí... Vámonos al vivero.

NELL.—Sí, lejos, lejos... (Huyen por la izquierda.)

ESCENA III

GREGORIA, VENANCIO, SENÉN.

VENANC.—(Que le trae cogido del brazo.) ¡Tunante, te me escapabas!

GREGOR.—¡Si éste, cuando pega la hebra...!

SENÉN.—Entretúvome mi primo contándome las perrerías de su suegra... Hola, Gregoria: ¡usted siempre tan famosa!

GREGOR.—¡Y tú qué guapo!... ¡Y qué bien hueles, condenado! Estás hecho un príncipe.

SENÉN.—Hay que pintarla un poquito. Es uno esclavo de la posición.

VENANC.—(Impaciente.) Vengan pronto esas noticias.

SENÉN.—La Condesa llegará á Laín en el tren de las doce y cinco. He tenido un telegrama. Se lo he llevado al Alcalde, que no sabía la hora de llegada.

VENANC.—Y el Municipio ¡oh! le prepara un gran recibimiento.

SENÉN.—Una ovación entusiasta. (Se cuida mucho de emplear un lenguaje muy fino.) Estaría bueno que no se hicieran los honores debidos á la ilustre señora por cuya influencia ha obtenido Jerusa la estación telegráfica, la carretera de Forbes, amén de las dos condonaciones...

GREGOR.—Sí, sí: está bien que haya festejos.

VENANC.—Y del Conde, ¿qué nos dices?

SENÉN.—Que Su Excelencia debió llegar á Polan anoche ó esta mañana en el primer tren... De modo qué no me explico, mi querido Venancio, que no le tengas ya en tu casa.

VENANC.—Bueno, Senén: tú que todo lo sabes... naturalmente, has vivido en la intimidad de la familia, conoces sus costumbres, la manera de pensar de cada uno, sus discordias y zaragatas... dinos... ¿Don Rodrigo y su nuera se encontrarán aquí por casualidad, ó es que...?

SENÉN.—(Seguro, dándose importancia.) Me consta que el viejo Albrit, que hasta ahora, desde la muerte de su hijo, no se ha movido de Valencia, escribió á la Condesa...

VENANC.—(Riendo.) Pidiéndole dinero.

SENÉN.—Hombre, no: le proponía una entrevista para tratar de asuntos graves...

GREGOR.—De asuntos de familia. Y como la Condesa no quiere altercados en Madrid, porque allí puede haber escandalera y se en-

tera todo el mundo y hasta lo sacan en los papeles, le ha citado en este rincón de Jerusa, donde sólo vivimos cuatro papanatas, y si hay zipizape, aquí se queda, y la ropa sucia en casita se lava. ¿Qué tal, señor cortesano? ¿Entiendo yo á mi gente?

VENANC.—Di que no es lista mi mujer.

SENÉN.—(Risueño y galante.) Sabe griego y latín. ¡Vaya un talento!

GREGOR.—Vamos á ver, hijo: ¿por qué no nos cuentas el porqué y el cómo de que tan mal se quieran la Condesa viuda y el abuelo? Tú lo sabes todo. Será cuento... todo eso que se dice de la que fué tu señora... ¿Es cuento, verdad?

SENÉN.—(Enfático.) Me permitiréis, mis queridos amigos, que no hable mal de mi bienhechora. Os diré tan sólo que es un corazón tierno y una voluntad generosa y franca hasta dejárselo de sobra. No le pidáis gazmoñerías, eso no. Es mujer de muchísimo desahogo. Compadece á los desgraciados y consuela á los afligidos. Y como persona de instrucción, no hay otra: habla cuatro lenguas, y en todas ellas sabe decir cosas que encantan y enamoran.

VENANC.—Todas esas lenguas y más que supiera, no bastan para contar los horrores que acerca de ella corren en castellano neto.

GREGOR.—Ea, no nos descuidemos, Venancio; que si viene el señor Conde, hemos de pensar en arreglarle su alojamiento...

SENÉN.—(Recordando con inquietud y disgusto algo que había olvidado.) ¡Ay, ay! ¡Qué cabeza la mía, Señor; qué cabeza!

VENANC.—¿Qué te pasa?

SENÉN.—Que con tanto charlar se me olvidó el encargo del señor Alcalde.

GREGOR.—¿Para nosotros?

SENÉN.—Sí... Que inmediatamente le llevéis las niñas, para que la Condesa las vea en cuanto llegue.

VENANC.—Es natural... Y comerán allí.

SENÉN.—¿Están dando la lección?

GREGOR.—No, que hoy ha sido muy corta. Ese pobre don Pío tuvo que suspender la clase, porque de su casa le avisaron que sus hijas andaban á la greña.

VENANC.—Estarán en la huerta.

GREGOR.—No.

VENANC.—(Dirigiéndose á la izquierda.) Veamos.

GREGOR.—¡Que no están, hombre! En la huerta me he pasado toda la mañana... De fijo estarán en el monte, que es su paseo favorito. (Señala hacia la derecha.)

VENANC.—Hay que ir corriendo á buscarlas.

SENÉN.—Si queréis, iré yo. ¿No saben todavía que hoy llega su mamá?

GREGOR.—No lo saben... ¡pobres hijas!

SENÉN.—Pues yo se lo diré... Voy al momento.

VENANC.—Las encontrarás, seguro, bosque arriba, en el sendero de Polan.

GREGOR.—(Recoge el canasto de hortalizas.) Vete y tráelas prontito.

VENANC.—Y nosotros á casa.

GREGOR.—Sí, que es tarde, y tenemos que prepararnos...

SENÉN.—Hasta luego, pues. (Vase por el foro.)

VENANC.—(Viéndole partir.) ¡Vaya un pájaro!

GREGOR.—¡No es mal peje! (Venancio recoge en otro cesto las hortalizas que quedan sobre la mesa, y ambos entran en la casa.)

ESCENA IV

NELL y DOLLY, que aparecen en el seto, y aguardan la salida de Gregoria y Venancio para entrar en escena.

NELL.—Gracias á Dios que nos dejan el campo libre.

DOLLY.—¿Y qué hacemos? ¿Nos vamos al bosque?

NELL.—¡Ay, no!... Yo estoy cansada. (Se sienta en el suelo.)

DOLLY.—Y yo entumecida. Quiero correr. (Salta y brinca, recorriendo la escena velozmente.)

NELL.—Eres incansable, Dolly.

DOLLY.—Por mi gusto, ahora mismito subiría á este roble grandísimo, y me posaría en la rama más alta.

NELL.—Te desgarrarías el vestido.

DOLLY.—Me lo coseré... Sé coser tan bien como tú. ¿A que me subo?

NELL.—No está bien. Nos tomarán por chiquillas de pueblo.

DOLLY.—(Suspendiéndose de una rama, se balancea.) Pues ser chiquilla de pueblo, ó parecerlo, ¿crees tú que me importa algo? Dime, Nell: ¿andarías tú descalza?

NELL.—Yo no.

DOLLY.—Yo sí... y me reiría de los zapateros. ¿Qué haces? (Viendo que Nell se sienta y saca un librito.)

NELL.—Quiero repasar mi lección de historia. Ya hemos correteado bastante; estudiemos ahora un poquito. Acuérdate, Dolly: ayer, don Pío te dijo que no sabes jota de historia antigua ni moderna, y con buenas formas te llamó burra.

DOLLY.—Burro él... yo sé una cosa mejor que él. Sé que no sé nada, y don Pío no sabe que no sabe ni pizca.

NELL.—Eso es verdad... Pero debemos estudiar algo, aunque no sea más que por ver la cara que pone el maestro cuando le respondemos bien. Es un alma de Dios. Anda, ven: estudiemos un poquito. ¿Sabes que es un lío tremendo esto de los Reyes godos?

DOLLY.—(Soltando la rama.) El demonio cargue con ellos. Son ciento y la madre, y con unos nombres que pican como las zarzas, cuando una quiere metérselos en la memoria.

NELL.—Ninguno tan antipático y majadero como este señor de Mauregato.

DOLLY.—¡Valiente bruto! (Siéntase junto á su hermana.)

NELL.—Nada, que tenían que echarle cien doncellas por año para desenfadarle.

DOLLY.—Para desengrasar, como dice don Carmelo. La verdad es que la dichosa historia nos trae acá mil chismes y enredos que no me importan nada.

NELL.—Pero, hija, la ilustración... ¿A ti no te gusta ser ilustrada?

DOLLY.—La verdad, me fastidia la ilustración desde que he visto que también se ha ilustrado Senén. ¿Recuerdas cuando estuvo aquí hace dos meses creyendo que venía mamá?

NELL.—Sí; á cada instante sacaba la Edad Media y qué sé yo qué.

DOLLY.—¡Qué tendremos nosotras que ver con las edades medias ó partidas!... Y el mejor día nos salen con que á Cleopatra le dolían las muelas.

NELL.—O que á doña Urraca le picaban los sabañones.

DOLLY.—Pero, en fin, nos ilustraremos algo, puesto que mamá, en todas sus cartas, nos manda que aprendamos, que seamos aplicaditas...

NELL.—Mamá nos idolatra, pero no nos lleva consigo. (Con tristeza.) ¿Por qué será esto?

DOLLY.—Porque, porque... Ya nos lo ha dicho. Como nos criamos tan raquíticas, quiere que engordemos con los aires del campo.

NELL.—Ya sabe mamá lo que hace... De fijo nos llevará consigo cuando seamos mayores... Pero se nos va el tiempo charlando, y no hemos estudiado ni una letra.

DOLLY.—¡Está el día tan hermoso!

NELL.—(Dando á su hermana el manualito de Historia.) Toma: lees en alta voz, y así nos enteramos las dos á un tiempo.

DOLLY.—(Coge el libro y levántase de un brinco.) Dame acá. ¿Sabes lo que se me ocurre? Que conviene que se instruyan también los pájaros.

Toda la ciencia no ha de ser para nosotras. (Lanza el libro á los aires con fuerte impulso. El libro describe una curva. Se le supone enganchado en una rama.)

NELL.—¿Qué haces, tonta?

DOLLY.—Ya lo ves.

NELL.—Buena la has hecho. ¿Y cómo lo cogemos ahora?

DOLLY.—De ninguna manera. Los pájaros se enterarán de lo que hicieron don Alejandro Magno, el señor de Atila y el moro Muza.

NELL.—Eres loca de veras... ¡Si pasara por ahí un chiquillo que subiera á cogerlo!

DOLLY.—(Disponiéndose á encaramarse en el árbol.) Me subiré yo.

NELL.—(Tirándole de la falda.) No, no, que puedes desnucarte.

DOLLY.—Espérate: le tiraré piedras á ver si se atonta y cae.

NELL.—Hay viento. Puede que vuele el libro.

DOLLY.—¡Ay, no, que es muy pesado! (Tirando piedras.) ¡A mí, bribón; baja, ven acá!

NELL.—(Sintiendo pasos.) Basta, Dolly. Viene gente. ¡Qué vergüenza! Te tomarán por una desarrapada del pueblo.

DOLLY.—¿Qué me importa?

NELL.—Que te estés quieta. (Mirando al foro.) Aquí viene un señor, un hombre... Mira, mira... (Aparece por la alameda del foro el Conde de Albrit, con lento paso.)

DOLLY.—No le veo.

NELL.—Mírale... se ha parado al vernos, y allí le tienes como una estatua. No nos quita los ojos. (Detiénese el Conde en el foro y las contempla inmóvil.)

ESCENA V

NELL, DOLLY.—EL CONDE DE ALBRIT. Es un hermoso y noble anciano, de luenga barba blanca y corpulenta figura, ligeramente encorvado. Viste buena ropa de viaje, muy usada; calza gruesos zapatones, y se apoya en garrote nudoso. Revela en todo la desdichada ruina de una personalidad ilustre.

NELL.—(Observándole medrosa.) Es un pobre viejo... ¿Por qué nos mira así? ¿Nos hará daño? ¿Sabes que tengo miedo?

DOLLY.—Yo también... ¿Será un mendigo?

NELL.—Si tuviéramos cuartos, se los daríamos... ¡Ay, no se mueve!

DOLLY.—Y ahora, en nosotras clava los ojos.

NELL.—Hablémosle... háblale tú; dile: «señor mendigo...»

DOLLY.—Mendigo no es. Parece más bien... ¡Ay, Nell! yo conozco esa cara.

NELL.—Y yo también. Yo le he visto en alguna parte... (Viendo que el Conde da algunos pasos, extendiendo las manos hacia ellas.) ¡Ay, ay!... se adelanta, nos hace señas... (Se juntan más las dos, como para protegerse mutuamente.)

DOLLY.—Y parece que llora... ¡Pobre señor!

EL CONDE.—(Con voz grave, avanzando.) Preciosas niñas, no me tengáis miedo. ¿Sois Leonor y Dorotea?

NELL.—Sí, señor: así nos llamamos.

EL CONDE.—(Llegándose á ellas.) Pues abrazadme. Soy vuestro abuelo. ¿No me conocéis? ¡Ay! han pasado algunos años desde que me visteis por última vez. ¡Erais entonces chiquitinas... y tan monas!... Loco me volvíais con vuestra gracia, con vuestra donosura angelical. (Las abraza, las besa en la frente.)

DOLLY.—¡Abuelito!

NELL.—Yo decía: le conozco.

DOLLY.—Por el retrato te conocemos.

EL CONDE.—Y yo á vosotras por la voz. No sé qué hay en el timbre de vuestras vocecitas que me remueve toda el alma. ¿Y cómo es que los dos sonidos me parecen uno solo? Dejadme que os mire bien. ¿Serán iguales vuestras caritas como lo son vuestras voces? (Examinando de cerca sus rostros.) No, no puedo veros bien, hijas de mi alma: estoy casi ciego.

NELL.—Pues mira, abuelito: te tuvimos miedo.

EL CONDE.—¿Miedo á mí, que os adoro?

DOLLY.—Senén nos dijo anoche que venías; pero no creímos que llegaras tan prontito.

NELL.—¿Cómo no has venido en el coche de Polan?

EL CONDE.—He preferido hacer el camino á pie, ayudado de este palo, divagando, recordando mis tiempos. ¡Ah! todos los caminos y veredas de este país me conocen; conócenme las breñas, las rocas, los árboles... Hasta los pájaros creo yo que son los mismos de mi niñez... Esta hermosa naturaleza fué mi nodriza. ¡Cuánto padezco y gozo, haciendo revivir á mi paso cosas y personas! Todo lo que me rodea paréceme á mí que me ve y me reconoce... y que desde el mar grande al insecto casi invisible, todo cuanto aquí vive se queda en suspenso... no sé cómo decirlo... se para y mira... para ver pasar al desdichado Conde de Albrit. (Las dos niñas suspiran.)

DOLLY.—Apóyate en mi brazo, abuelito. (Cada una le coge de un brazo.)

NELL.—Y entremos en casa.

EL CONDE.—(Con viva emoción.) ¡Ah! ya estoy en la Pardina... ¡Oh, infinita tristeza, llanto amarguísimo de las cosas! (Queda extático, como en oración mental.)

ESCENA VI

EL CONDE, NELL, DOLLY.—SENÉN, presuroso por el foro.

SENÉN.—¡El Conde aquí... con él las niñas! Y yo buscándolas en el monte... Bien venido sea el señor Conde de Albrit á la tierra de sus mayores... ¡Y qué hermosa figura hace Vuecencia en medio de estos dos ángeles!

EL CONDE.—¿Quién me habla?

NELL.—Es Senén, papá.

DOLLY.—¿No te acuerdas?

SENÉN.—Senén Corchado, señor; el que fué... no me avergüenzo de decirlo... criado del señor Conde de Laín.

EL CONDE.—(Alegre.) ¡Ah! Sí, sí. ¿Eres...? Ya, ya. Me alegro de encontrarte aquí.

SENÉN.—He venido de Durante, donde tengo mi empleo, para ofrecer mis respetos á Vuecencia y á la señora Condesa de Laín, que también llegará hoy...

NELL.—¿Que viene mamá? (Despréndense las dos de los brazos del Conde, y saltan gozosas.)

DOLLY.—¡Jesús, qué alegría!

NELL.—Pues no sabíamos nada. ¿Lo sabías tú, abuelito?

EL CONDE.—(Pensativo.) Sí.

DOLLY.—(Volviendo á coger el brazo de Albrit.) Vamos, á prisita.

NELL.—(Inquieta.) Tenemos que arreglarnos.

SENÉN.—Las señoritas han de ir á la casa del señor Alcalde á esperar á su mamá... Y corro á llamar á Venancio para que salga á recibir á Vuecencia. (Entra presuroso en la casa.)

NELL.—¿Pero va mamá á casa del Alcalde?

EL CONDE.—Así parece.

DOLLY.—¿Por qué no viene á la Pardina con nosotros?

EL CONDE.—Este caserón viejo no será para vuestra madre bastante cómodo...

ESCENA VII

El Conde, Nell, Dolly.—Venancio, Gregoria, Senén.

Venanc.—(Humildemente, besándole la mano.) ¡Oh, señor Conde!... ¡Y no nos avisó para salir á recibirle!

Gregor.—(Besándole la mano.) Bien venido sea mi señor.

Venanc.—Y que entre en su casa con bendición.

El Conde.—(Con señorial bondad.) Gracias, gracias, mi buen Venancio, mi fiel Gregoria... Me alegro de veros tan famosos... digo, como veros... (Mirándoles atentamente.) No, no veo bien más que las cosas grandes.

Venanc.—¿Quiere entrar el señor?

El Conde.—No, aguarda. Descansaré aquí. (Le traen un sillón rústico: se sienta; todos le rodean.) Dejadme que reconozca, que refresque antiguas amistades. (Contemplando el ramaje que cubre la escena.) Ya estoy otra vez entre vosotros, árboles soberanos que disteis sombra á los juegos de mi infancia. Sois más viejos que yo, mucho más. Pero el tiempo no amengua vuestra grandeza y hermosura. Las generaciones que han crecido á vuestra sombra, se gastan, se concluyen, y vosotros, inmóviles, viéndonos pasar, viéndonos caer, viéndonos morir. (Cae en profunda meditación; todos suspiran.)

Gregor.—Señor, no olvido que á Vuecencia le agrada mucho el buen café... Lo haré al instante.

Nell.—Y se lo sirves aquí.

Dolly.—Sí, sí: pronto.

Gregor.—Voy. (Entra en la casa.)

Senén.—¡Lástima no haber sabido antes que venía el señor Conde! El pueblo le habría preparado un buen recibimiento.

El Conde.—¡A mí, á mí!... ¿Jerusa?

Senén.—Habría salido la música, el orfeón... No faltaría un lucido arco de ramaje, y luego convitazo en la Casa consistorial...

El Conde.—(Con amargura desdeñosa.) Conozco esos homenajes, que en otro tiempo, cuando yo los merecía y estaba en disposición de recibirlos, me halagaban, sí. Hoy me harían el efecto de una burla cruel. Antes de verme tan viejo y tan pobre como ahora, tuve ocasión de apreciar la ingratitud de mis compatriotas, los habitantes del señorío de Jerusa. Veinte años ha, la última vez

que aquí estuve, los colonos que habían llegado á ser ¡Dios sabe cómo! propietarios de mis tierras, los señoritos nacidos de mis cocineras ó engendrados por mis mozos de cuadra, me recibieron con frío desdén, que me llenó de tristeza y amargura. Dijéronme que la villa se había civilizado... Era una civilización improvisada y postiza, como la levita que compra el patán en un bazar de ropas hechas.

NELL.—Abuelito, no olvida tu pueblo los beneficios que de ti ha recibido.

DOLLY.—¿Qué ha de olvidar? La calle principal de Jerusa se llama *de Potestad.*

VENANC.—La fuente que está junto á la iglesia, se llama del Buen Conde.

SENÉN.—(Enfáticamente.) Y de que no es justo achacar á Jerusa el pecado de ingratitud, tenemos hoy una prueba elocuente, señor.

EL CONDE.—¿Cuál?

VENANC.—Sabida con tiempo la llegada de la señora Condesa de Laín, se le hará un recibimiento entusiasta.

NELL.—¿Es de veras?

SENÉN.—Cual corresponde á quien tanto mira por la prosperidad de esta villa. Saldrá el Alcalde á su encuentro...

EL CONDE.—Y se dispararán cohetes. Todo eso está muy en carácter.

DOLLY.—¡Música, cohetes...! ¡Jesús, qué alegría!

EL CONDE.—Sí, sí... Vosotras lo veréis todo. Os divertiréis mucho.

NELL.—¿Vendrás tú también, abuelito?

EL CONDE.—¡Yo!

DOLLY.—¿Por qué no vienes?

NELL.—¿No quieres ver á mamá?

EL CONDE.—Aquí, en la Pardina, tendré el gusto de verla.

VENANC.—Es que al señor no le gusta bajar al pueblo... ¿Verdad, señor Conde?

EL CONDE.—Verdad.

SENÉN.—¿Y no le agradaría ver y admirar las mejoras realizadas en los últimos años?

EL CONDE.—(Con humorismo, aludiendo á su ceguera.) Verlas me gustaría más que admirarlas.

VENANC.—(Señalando por la izquierda.) Con los últimos ensanches, Jerusa casi toca ya á las tapias de la Pardina.

EL CONDE.—En mi tiempo, desde ese altozano que domina la huerta, se veía parte de la villa.

NELL.—Y ahora mejor, porque han podado los árboles...

SENÉN.—(Mirando su reloj.) Si el señor Conde me lo permite, le advertiré que es hora de que las señoritas se arreglen, si quieren presenciar la entrada triunfal de su mamá.

EL CONDE.—Sí, sí, niñas: ya es hora.

NELL.—En un periquete nos vestimos.

DOLLY.—¿Llegaremos á tiempo?

NELL.—Pronto volveremos, papaíto.

DOLLY.—Y traeremos á mamá.

EL CONDE.—(Las besa cariñosamente. Adiós, hijas mías... Que os divirtáis mucho... Adiós.

VENANC.—(Dándolas prisa.) Vivo, vivo.

SENÉN.—Yo también, si Vuecencia no manda otra cosa... me retiro... (Se aproxima familiarmente al Conde.)

EL CONDE.—Serás de los designados para disparar cohetes... Vete pronto... no faltes á tu obligación.

SENÉN.—Si el señor Conde me necesita...

EL CONDE.—No, muchas gracias... Y me alegro de que te ausentes. No es por nada ofensivo para ti, Séneca... ó Senén. ¿Te lo digo?

SENÉN.—Nada que Vuecencia me diga puede ofenderme.

EL CONDE.—Pues deseo que te marches, porque... Hijo, gastas un perfume que marea... Los aromas demasiado fuertes me dan vahídos... Dispénsame... (Dándole la mano.) Perdóname que te despida con una impertinencia...

SENÉN.—(Desconcertado.) Señor, unas gotitas de heliotropo...

EL CONDE.—No he dicho nada... Abur...

SENÉN.—(Aparte, retirándose.) Malas pulgas trae el león viejo de Albrit.

ESCENA VIII

EL CONDE, VENANCIO.

VENANC.—(Afectuoso.) ¿Se encuentra bien Vuecencia?

EL CONDE.—(Con dificultad en la respiración.) ¡Oh, no...! La emoción que he sentido al verme en la Pardiña, no me deja respirar... Deseo y temo entrar en la casa... Paréceme que en sus estancias me acechan las sombras de seres queridos... (Pasándose la mano por los ojos.) La memoria me abruma, el sentimiento me ahoga... No debí venir, no, no.

VENANC.—Los recuerdos de esta mansión serán gratos para Vuecencia.

EL CONDE.—Hoy no.

VENANC.—Aquí nació Vuecencia... aquí pasó su infancia...

EL CONDE.—Aquí fuí poderoso y grande.

VENANC.—Llamado con razón el primer caballero de España.

EL CONDE.—Pues hoy, el primer caballero de España, el que á todos amparó con bizarría y largueza, viene á pedirte hospitalidad. Vicisitudes y trastornos que no quiero recordar, esta revolución crónica que hace y deshace los estados y las familias, y todo lo trueca y baraja, te han dado á ti la propiedad de la Pardina. En ella entro yo solicitando albergue, no como señor, sino como desvalido sin hogar, abandonado de todo el mundo. Si me lo concedes, ya sabes que has de hacerlo por pura caridad, no por remuneración ni recompensa. Soy pobre: todo lo he perdido.

VENANC.—El señor Conde viene siempre á su casa, y nosotros, hoy como ayer, somos sus criados.

EL CONDE.—Te lo agradezco... créeme que te lo agradezco en el alma... Pero, bien mirado, es tu obligación y cumples como cristiano. Todo lo que eres, todo lo que has adquirido, lo debes á mi protección.

VENANC.—Sin duda... Y ante todo, ¿en qué aposento quiere Vuecencia dormir?

EL CONDE.—Arriba... en la alcoba que fué de mi madre.

VENANC.—(Contrariado.) ¿La que da al pasillo grande? La tenemos llena de trastos.

EL CONDE.—Pues sacas los trastos y me metes á mí.

VENANC.—Señor, es un trastorno...

EL CONDE.—(Sulfurándose ligeramente.) ¿Ya empezamos?

VENANC.—Hemos convertido esa estancia en secadero: allí colgamos las judías...

EL CONDE.—(Sulfurándose más.) Pon las judías en otra parte. ¿Vale tan poco mi persona que no merece... una molestia insignificante de las señoras hortalizas?

VENANC.—(Sin acabar de resignarse.) Bien, señor... Ello es que...

EL CONDE.—¿Todavía rezongas?... ¿Será preciso que te lo mande?... ¡Oh, triste de mí!... (Golpeando el brazo del sillón.) ¡Ya me olvidaba de que soy huésped de mis inferiores!... Venancio, quiero someterme al Destino, quiero olvidarme de mí mismo, y no puedo... Mi genio altivo se exacerba cada día más con la pérdida de la vista... No puedo sofocar mis ímpetus de absolutismo, de persona acostumbrada á mandar. La autoridad es esencial en mí. (Con viveza.) Por Cristo, súfreme, ó arrójame de mi casa, quiero decir, de la tuya.

ESCENA IX

El Conde, Venancio.—El Cura; después, Gregoria. El Cura, don Carmelo, es grueso, jovial. Entra en escena por el foro, y se dirige al Conde con los brazos abiertos.

El Cura.—¡Carísimo amigo y dueño, don Rodrigo de mi alma!...

El Conde.—(Arrazándole.) Carmelo, hijo, ven á mis brazos...

El Cura.—¡Qué sorpresa tan grata, qué alegría!

El Conde.—¡Pero, chico, qué grueso y sanote!...

El Cura.—(Riendo.) Es que en esta tierra, señor Conde, de nada le vale á uno hacer penitencia.

El Conde.—¿Penitencia tú? ¡Hombre, qué cosa tan rara! En fin, siempre que des gusto á tus feligreses...

Venanc.—(Lisonjero.) Tenemos un párroco que vale más que pesa.

El Conde.—Y de salud bravamente... ¡Ah! me permitirás que te tutee, á pesar del tiempo transcurrido...

El Cura.—(Con modestia suma.) Señor Conde, me ofendería si no...

El Conde.—(Muy cariñoso.) Bien, Carmelo, bien. Siéntate á mi lado. ¡Cómo corren! ¡ay! ¡cómo se escabullen los pícaros años! Tú... á ver si acierto... andarás en los cincuenta.

El Cura.—Andaba en ellos dos años ha.

Venanc.—Como yo. Somos del mismo tiempo.

El Conde.—No podía ser menos. Teníais veintiséis cuando...

El Cura.—Cuando murió mi padre. A la generosidad del señor Conde debí el poder terminar mi carrera de Teología y Derecho.

El Conde.—(Con espontánea delicadeza.) Pues mira tú, de eso no me acordaba.

El Cura.—¡Ah! yo sí.

Gregor.—(Trae servicio de café.) Aquí está el café. (Lo pone en la mesa.)

El Conde.—¡Qué oportunidad! (Dispónese á tomarlo.) Carmelo, te sirvo.

Gregor.—Las señoritas están concluyendo de arreglarse. En seguida nos iremos.

El Conde.—Que no se entretengan. Ya será hora. (Al Cura, sirviéndole azúcar.) A ti te gusta dulzón, si no recuerdo mal.

El Cura.—¡Qué memoria tiene usted!

El Conde.—No siendo para los favores que me hacen, también la pierdo, como la vista.

GREGOR.—¿Se le ofrece algo más al señor?

EL CONDE.—No... gracias. (Vase Gregorio.)

EL CURA.—(Paladeando el café.) ¿Y qué?... Señor Conde, ¿qué le parecen á usted sus nietecitas? ¿No las había visto después de su regreso de América?

EL CONDE.—No.

EL CURA.—Son angelicales... ¡Y qué lindas, qué graciosas! Se le meten á uno en el corazón... (El Conde, ensimismado, calla. Durante la pausa, don Carmelo le observa.) Dios ha hecho en ellas una parejita encantadora, para regocijo y orgullo de su madre... y de usted.

EL CONDE.—(Como volviendo en sí.) ¿Decías...? ¡Ah! sí... son hechiceras las chiquillas.

EL CURA.—(Queriendo sonsacar el motivo de la presencia del Conde en Jerusa.) Comprendo la impaciencia de usted por verlas... Al santo anhelo de conocer á las niñas, y abrazarlas y bendecirlas, debemos el honor de tenerle á usted en Jerusa.

EL CONDE.—Yo he venido á Jerusa principalmente por... (A Venancio, con autoridad, pero sin altanería.) Tú...

VENANC.—Señor...

EL CONDE.—Haz el favor de dejarnos solos. (Vase Venancio.)

ESCENA X

EL CONDE, EL CURA.

EL CURA.—Ya me dijo Senén que la Condesa y usted se habían citado aquí... (Su solapada curiosidad quiere apoderarse del pensamiento del Conde, tomándole las vueltas.) Aquí pueden ventilar con toda calma las cuestiones de intereses... (Pausa. El Conde calla.) ó las cuestiones de otra índole, cualesquiera que sean.

EL CONDE.—Volviendo á las niñas, te diré, querido Carmelo, que mi primera impresión, al verlas y oirlas, fué... claro que fué excelente, de gran regocijo y orgullo, como has dicho. Creí notar perfecta consonancia, igualdad más bien, en el timbre de sus voces. Como no veo bien sus rostros, me han parecido dos reproducciones exactas de un mismo tipo. ¿Serán, por ventura, iguales también sus caracteres, sus almas?

EL CURA.—(Después de un ratito de perplejidad.) ¡Oh, no, señor don Ro-

drigo! No son iguales sus voces, ni sus caras, ni menos sus caracteres.

El Conde.—(Con gran interés.) Pues siendo distintas, la una forzosamente será mejor que la otra. Dime, tú que las has tratado y visto bien, ¿cuál de las dos es la más inteligente, cuál la de corazón más puro, recto y generoso?

El Cura.—Difícil es, á fe mía, la respuesta. Ambas son buenas, dóciles, inteligentes, de corazón hermoso y nobilísimo: algo traviesas, eso sí; pero observantes de la ley del pudor, muy firmes en los principios elementales, temerosas de Dios...

El Conde.—Todo eso es lo que hay en ellas de común: comprendido. ¿Y qué las diferencia?

El Cura.—Pues discrepan... Verá usted... Dolly toma la iniciativa en las travesuras; Nell parece más inclinadita á las cosas graves, más previsora... Dolly es una imaginación viva, una voluntad impetuosa; Nell una naturaleza reflexiva, más fija y constante que la otra en sus aficiones... ¿Pero qué puedo decirle yo al señor don Rodrigo, si en cuanto las trate familiar y diariamente, usted ha de conocerlas y diferenciarlas mejor que nadie?

El Conde.—(Dejándose llevar de su sinceridad.) De eso trato... á eso he venido.

El Cura.—¿Ha venido á...?

El Conde.—A estudiarlas, á intentar un análisis detenido de sus caracteres... Las razones de esto no está bien que las sepas por ahora. (Variando de tono.) Oye, Carmelo, ¿por qué no te quedas hoy á comer conmigo?

El Cura.—¡Oh, no! Hoy, lo que es hoy, señor Conde de Albrit, se viene usted á mi casa, á hacer penitencia con *este cura*.

El Conde.—Acepto... sí, señor, acepto... ¿A qué hora?

El Cura.—A la una en punto.

ESCENA XI

El Conde, el Cura; el Médico, joven, de conjunto simpático, mirar inteligente. Viene de la casa: trae levita y sombrero de copa.

El Cura.—¡Oh, mediquillo, ven!... (Presentándole.) Salvador Angulo, nuestro Médico titular.

El Conde.—(Estrechándole la mano.) Mucho gusto...

MÉDICO.—Vengo á ofrecer mis respetos al señor de Jerusa y de Polan.

EL CONDE.— (Recordando.) Angulo, Angulo... Espérese usted...

EL CURA. - Hijo de Bonifacio Angulo, á quien por mal nombre llamaban aquí *Cachorro,* guarda de los montes de Laín...

EL CONDE.—¡Oh! sí, *Cachorro:* un hombre sencillo, servidor fiel... Le recuerdo perfectamente. (Le da otra vez la mano, que el Médico le besa.)

EL CURA.—Y tampoco habrá olvidado el señor Conde que á este chico le costeó la carrera en Valladolid.

EL CONDE.—¿Yo?

MÉDICO.—Por lo cual debo al señor Conde lo poco que soy y lo poco que valgo.

EL CONDE.—De eso no me acordaba... mi palabra que no me acordaba.

EL CURA.—Pues ha de saber usted... no es porque esté delante... que este chico es una notabilidad en la ciencia médica.

MÉDICO.—¡Por Dios, don Carmelo!...

EL CONDE.—(Muy cariñoso.) Bien, hijo mío: dame un abrazo. (Le abraza.) Me permitirás que te tutee. No puedo corregir este hábito de familiaridad desde que entro en Jerusa. (El Médico asiente con mudas demostraciones de respeto.)

EL CURA.—(Elogiando su elegancia.) Ya sé por qué vienes tan pitre, mediquín...

MÉDICO.—Soy de la Comisión que ha de cumplimentar á la señora Condesa.

EL CONDE.—¡Ah! muy bien. (Al Cura.) Y tú, ¿no vas?

EL CURA.—Más tarde. Tendré que asomar las narices por allá... No diga la Condesa que soy descortés.

EL CONDE.—Sí: no eche de menos la población figura tan culminante en esta clase de ceremonias.

EL CURA.—Oye, Salvador. En cuanto se acabe la función, te vienes corriendo á casa, y tendrás el honor de comer con el señor Conde y conmigo.

MÉDICO.—Muy bien... ¡Qué honra tan grande!

EL CONDE.—(Gozoso.) ¡Qué feliz coyuntura para consultarle con toda calma!...

MÉDICO.—¿Un padecimiento?

EL CONDE.—No es eso. Tú conoces á mis nietecillas; las habrás asistido en alguna dolencia...

MÉDICO.—Nell y Dolly disfrutan de una salud enteramente campesina y plebeya. Las he visitado por indisposiciones sin importancia...

EL CONDE.—Que á ti, como perspicaz observador, te habrán bastado para conocer sus temperamentos, para saber qué afecciones prevalecen en cada cual...

MÉDICO. - Perfectamente... Hasta hoy, la verdad, no he tenido ocasión de determinar entre una y otra notorias diferencias.

EL CURA.—En fin, en mi casa, de sobremesa, hablarán largo y tendido. (Suena un cohete.)

EL CONDE.—(Estremeciéndose.) Ya está ahí.

MÉDICO.—Ya llega... (Óyese música lejana.)

EL CURA.—(Aproximándose á la izquierda, al sitio que domina la villa de Jerusa.) Desde aquí se ve el tumulto... ¡Qué gentío! Parecen locos. (El Conde, con gran agitación, se levanta y trata de ver lo que ocurre en el pueblo.)

MÉDICO.—Vea usted, señor Conde... (Conduciéndole.)

EL CONDE.—No veo, no... pero oigo, oigo...

EL CURA.—Los coches llegan ya á casa del Alcalde. (Suenan más cerca la música y rumor populares.)

EL CONDE.—(Con súbita exaltación, apostrofando al pueblo.) ¡Ah! ya llega, ya entra en Jerusa Lucrecia Richmond... Ya estás aquí... ¡Cuánto deseaba yo esta ocasión! ¡Tú y yo solos, frente á frente!... No sé quién es peor: si tú que paseas impune por el mundo tu desvergüenza, ó el pueblo servil y degradado que te festeja y te adula. (Óyense campanas.) ¡Repican por ti... y luego tocarán á la oración!... (Furioso, alzando la voz.) ¡Pueblo imbécil, esa que á ti llega es un monstruo de liviandad, una infame falsaria! No la victorees, no la agasajes. Apedréala, escúpela. (El Cura y el Médico, aterrados del vehemente lenguaje del Conde, permanecen mudos... Procuran apartarle de aquel sitio y llevarle á la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la Pardina. El costado izquierdo y un trozo del foro está ocupado por un gran ventanal de ángulo con columnas platerescas. Al través de los vidrios se ven árboles y cielo. En el fondo, una puerta grande, que da á la salida general y á las dependencias de la casa. Puerta pequeña á la derecha. En toda la estancia, marcado carácter de residencia señorial, antigua y deteriorada. Arcones, mesas, sillones y demás muebles, de nogal y roble, ennegrecidos por el tiempo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

NELL, DOLLY, DON PÍO CORONADO, sentados los tres alrededor de una mesa grande, en la cual hay papeles, tintero, libros de enseñanza.

DOLLY.—(Dando un golpe en la mesa.) ¿Que no sé una palabra? Mejor... Ni falta que me hace...

D. PÍO.—(Apelando á la emulación.) No dirá lo mismo Nell, que desea aprender.

NELL.—Sí, señor, digo lo mismo... Ni falta que me hace.

D. PÍO.—(Con severidad fingida que no convence.) Está bien, muy bien. He aquí dos niñas finas, criadas para la alta sociedad, y que se empeñan en ser unas palurdas.

DOLLY.—Sí, señor, queremos ser palurdas.

NELL.—Queremos ser salvajes.

D. PÍO.—¡Anda, salero! ¡Salvajes las herederas de los Condados de Albrit y de Laín!

DOLLY.—(Tirándole suavemente de una oreja.) Sí, sí, maestrillo salado.

D. PÍO.—Bueno, sigamos. Dolly, otra miajita de Historia. Vamos allá.

DOLLY.—(Apoyando los codos en la mesa y la cara en las manos, le contempla risueña.) Piíto, ¡qué guapo eres!

D. PÍO.—(Tocando las castañuelas con los dedos.) Señorita Dolly, juicio.

NELL.—Tu cara parece una rosa. Si no fueras viejo y no te conociéramos, diríamos que te pintabas.

D. PÍO.—Juicio, Nell... ¡Pintarme yo!

DOLLY.—Dinos otra cosa: ¿es verdad que cuando eras pollo hacías muchas conquistas?

D. PÍO.—(Tocando con más rápido movimiento las castañuelas, que es su manera especial de llamar al orden.) Juicio, niñas. Sigamos la lección.

NELL.—Nos han dicho que las matabas callando.

DOLLY.—Y que tenías las novias por docenas.

D. PÍO.—¿Novias? Oh, no; quítenme allá eso... Son muy malas las mujeres.

NELL.—(Pegándole suavemente en el cuello.) Peores son los hombres. No hables mal de nosotras.

D. PÍO.—¡Vaya que estáis hoy juguetonas y desatinadas! (Queriendo enfadarse.) ¡Por vida de...! Si no dais la lección... os lo digo con toda mi alma, os lo juro...

NELL.—¿Qué?

D. PÍO.—Que me enfado.

DOLLY.—Ya lo habíamos conocido. Estamos temblando.

NELL.—Toca, toca las castañuelas.

D. PÍO.—(Decidido á tomar la lección.) Orden, juicio. A ver: decidme algo de Temístocles.

DOLLY.—Sí: el que le cortó la cabeza á una mala mujer, que llamaban la Medusa.

D. PÍO.—(Llevándose las manos al cráneo.) Por Dios, por todos los santos de la Corte celestial, no me confundáis la Historia con la Mitología..

NELL.—Si mentira es una, mentira es otra.

DOLLY.—Y nos importan lo mismo.

D. PÍO.—¡Ay, ay, ay, cómo estáis hoy!... Silencio, formalidad. Pronto, referidme los principales hechos de la vida de Temístocles.

DOLLY.—No nos gusta meternos en vidas ajenas.

D. PÍO.—(Recitando.) Temístocles, grande hombre de la Grecia, natural de Tebas, vencedor de los macedonios... (Corrigiéndose.) ¡Oh! no. Le confundo con Epaminondas... ¡Cómo tengo la cabeza!

NELL.—¡Ay, que no lo sabe, que no lo sabe...!

DOLLY.—¡Vaya con el preceptor de pega!

D. PÍO.—(Afligido.) Es que me volvéis loco con vuestros juegos, con vuestras tonterías. (Con gravedad.) Así no podemos seguir.

NELL.—Digo lo mismo. No podemos seguir así.

DOLLY.—Seamos burras, y salgamos á los prados á comer yerba.

D. PÍO.—Mi conciencia no me permite engañar á la Condesa, que sin duda cree que os enseño algo y que vosotras lo aprendéis.

DOLLY.—(Poniéndose las antiparras de Coronado, que están sobre la mesa.) Piíto, estamos aburridísimas.

D. Pío.—(Queriendo recobrar sus anteojos.) ¡Que me los rompes, hija!

NELL.—Piito salado, ¿no sería mejor que nos fuéramos los tres á dar un paseo por la playa?

D. Pío.—¡Muy bien, muy bien... magnífico! De pingo todo el santo día, aun las horas dedicadas á la educación. ¡Muy bonito, sí, señoras, muy bonito!... Y heme aquí de figurón, de monigote irrisorio, yo, que soy la ciencia; yo, que estoy aquí para inculcaros...

DOLLY.—Piito, no nos inculques nada, y vámonos...

NELL.—En la playa seguiremos la lección.

DOLLY.—Frente al mar, estudiaremos el viaje de Colón á América.

D. Pío.—(Suspirando desalentado.) ¡Ay, qué niñas! No hay quien pueda con ellas... Bueno, pues transijo... Pero antes pasemos un poquito de Gramática.

NELL.—(Tocando las castañuelas.) ¡Viva Coronado!

DOLLY.—(De carretilla). La Gramática es el arte de hablar correctamente el castellano.

D. Pío.—Vamos más adelante... Dolly, dime qué es participio.

DOLLY.—(Flemática.) No me da la gana.

NELL.—¿Participio?... Una cosa que se parte por el principio.

D. Pío.—(Con aspavientos que hacen las veces de energía.) ¡Tontas, casquivanas, que no tenéis aquel punto de amor propio que veo yo en otras niñas, Señor!... en otras niñas aplicaditas y formales, que aprenden para lucirse en los exámenes, y para que á sus padres se les caiga la baba oyéndolas...

DOLLY.—No queremos lucirnos, ni á mamá se le cae ninguna baba... ¡Vaya con el maestrillo éste!

NELL.—Coronadito, si no tienes juicio, te pondremos de rodillas.

D. Pío.—¡Anda, morena!... ¿Pero qué trabajo os cuesta retener en la memoria cosas tan fáciles? Luego seréis mujercitas aristocráticas, y cuando vuestra ilustre mamá os lleve á los salones, os vais á lucir, como hay Dios... Figuraos que en los saraos se habla del participio, y vosotras no sabéis lo que es. ¡Bonito papel harán mis niñas! Dirá la gente: «¿pero de qué monte ha traído la Condesa este par de mulas?» Eso dirán, y se reirán de vosotras, y no os querrán vuestros novios.

DOLLY.—Los novios nos querrán, aunque no sepamos el participio, ni la conjunción, ni nada de eso.

NELL.—Que seamos bonitas, que seamos elegantes, y verás tú si nos quieren.

D. Pío.—Sí, sí, lindas borriquitas seréis.

NELL.—(Que apoyada en la mesa con indolencia, le mira burlona.) ¿Sabes que estoy observando una cosa, maestro? Tienes unos ojos muy bonitos...

DOLLY.—Parecen dos soles... con muchísima picardía.

D. PÍO.—(Cruzando de brazos.) Ea, burlaos de mí todo lo que queráis.

NELL.—No es burla, es confianza.

DOLLY.—Nada: que te queremos, maestrico, porque eres muy bueno y no tienes malicia.

NELL.—(Acariciándole la barba.) Es un buenazo este don Pío... Por eso te hacen rabiar las niñas de Albrit, que son tus amiguitas.

D. PÍO.—(Embobado.) ¡Carantoñeras, zalameras, melosas!

DOLLY.—Di una cosa: ¿es verdad que tienes muchas hijas?

D. PÍO.—(Lanzando un suspiro muy hondo y fuerte.) Muchas, sí...

NELL.—¿Son guapas?

D. PÍO.—No tanto como lo presente.

DOLLY.—¿Te quieren?

D. PÍO.—(Intentando sacar otro suspiro hondo, que se le queda atravesado en el pecho, cortándole la respiración.) ¡Quererme... ellas!

NELL.—Me han dicho que te quieren poco. Si es así, no te importe, que bien te queremos nosotras.

DOLLY.—¿Y tú, nos quieres? (Don Pío, con viva emoción, que le corta la palabra, hace signos afirmativos).

NELL.—Nos idolatra... Así, estudiamos cuando se nos antoja, y cuando no, jugamos...

DOLLY.—Y eso haremos hoy...

NELL.—Primero un paseíto... luego, á casa de mamá.

DOLLY.—(Oyendo voces por el fondo.) Paréceme que oigo la voz del abuelito.

NELL.—(Mirando por el fondo.) No: es don Carmelo.

DOLLY.—(Mirando después.) Y el Alcalde. Vendrán á buscarnos de parte de mamá.

ESCENA II

LOS MISMOS.—EL CURA, EL MÉDICO, EL ALCALDE.

EL CURA.—(Risueño.) Vaya, señoritas, ya han trabajado bastante.

MÉDICO.—(Compadecido del Maestro, que recoge libros y papeles.) Sí, dejen ya respirar al pobre don Pío...

NELL.—(Haciendo al Alcalde una reverencia muy elegante y graciosa.) ¡Señor Alcalde de Jerusa...! (Dolly repite la reverencia.)

ALCALDE.—(Contestando con otra reverencia.) Señoritas...

DOLLY.—Díganos: ¿nos llevan á casa de mamá?

EL CURA.—No, señorita.

DOLLY.—¿Por qué?

EL CURA.—Porque la señora Condesa viene á la Pardina.

NELL.—¡Oh, qué alegría!

DOLLY.—¿Cuándo?...

EL CURA.—Dentro de un rato.

NELL.—(Impaciente por salir.) ¿Y no podemos ir á su encuentro?

EL CURA.—¿Pretextito para corretear? Pero, hijas, ya estáis en edad de sentar la cabeza.

DOLLY.—¡Qué fastidio! ¡Todo el día encerradas...!

MÉDICO.—Déjelas usted, don Carmelo... Que salgan, que corran.

DOLLY.—(Con donaire.) Vamos, señor Cura, que usted también corretea. Cuando no sale de pesca, sale de caza. Y por las tardes, su partidita de bolos no hay quien se la quite.

EL CURA.—(Rompiendo á reir.) ¡Ja, ja, ja! ¡Demonches de chicas! Vaya, vaya... dejadnos en paz.

MÉDICO.—A encontrar á la mamá.

DOLLY. } (Simultáneamente) } ¡A correr!
NELL. } } ¡A vivir! (Salen á la carrera por el fondo, llevándose cogido del brazo á don Pío, que las sigue precipitando su paso de viejo.).

ESCENA III

EL CURA, EL MÉDICO, EL ALCALDE, VENANCIO.

VENANC.—(Saludando con respeto.) Señor Alcalde... ¡Qué honor para mi casa!

ALCALDE.—Querido Venancio, deberes de amistad me traen acá... No vengo como Alcalde.

VENANC.—Como amigo, ya entiendo, del señor Conde de Albrit, en otro tiempo mi señor, ogaño mi huésped.

ALCALDE.—Por cierto que nos contraría mucho no encontrarle...

VENANC.—No tardará en volver de su paseo. Hasta las diez esperó á ustedes. Toda la mañana estuvo agitadísimo, dando vueltas aquí como un león enjaulado.

MÉDICO.—Espero que se calmará con el recadito que traemos de la Condesa.

VENANC.—¿Pero al fin la señora consiente...?

ALCALDE.—(Con fatuidad.) Gracias á mí...

EL CURA.—Aquí celebrarán la entrevista...

VENANC.—¿Hora?

MÉDICO.—Las doce.

ALCALDE.—Grave, gravísimo debe de ser, señores míos, el motivo de discordia entre uno y otro, cuando Lucrecia, tan valiente para afrontar ante el mundo los más terribles problemas de moral, se achica y tiembla ante un pobre anciano enfermo, casi ciego.

EL CURA.—¿Y quién nos asegura que se trata de problemas morales? Descontemos de todas las historias que por ahí se cuentan, lo que añaden la malicia, la envidia, el afán de los chistes...

MÉDICO.—Quite usted todo lo que quiera, y siempre quedará...

EL CURA.—¿Qué?

MÉDICO.—La descarnada realidad.

ALCALDE.—¡Descarnada no, caramba! Aquí lo que sobra es carne.

VENANC.—(Que ha mirado por el fondo.) ¡Silencio, que vienen!

EL CURA.—¿Quién?

VENANC.—La Condesa y sus hijas.

ESCENA IV

Los mismos.—LUCRECIA, NELL y DOLLY.

VENANC.—(Besándole la mano.) Bien venida sea mi señora...

LUCREC.—Me alegro de verte... pero no esperes que entre con alegría en esta casa lúgubre. (Recorre con ojos medrosos la escena.)

NELL.—Mamita, es nuestra casa...

LUCREC.—Sí, sí... no sé lo que digo. Muy grato es para mí este viejo caserón, porque en él tienen su nido mis adoradas niñas. (Se sienta en el sillón preferente. Las niñas se ponen en pie junto á ella, á un lado y otro.)

NELL.—Nido precioso si consiguiéramos atraerte á él con nuestro cariño.

DOLLY.—Y sujetarte aquí con nuestros besos.

ALCALDE.—Estas adorables criaturas quieren secuestrar á su ilustre madre...

EL CURA.—Y de ello nos congratulamos.

LUCREC.—También á mí me agradará el secuestro, siempre que supriman las manifestaciones públicas.

EL CURA.—Señora Condesa, hay que resignarse á las demostraciones

cariñosas de un pueblo agradecido. No dirá usted que la tratamos mal los jerusanos.

ALCALDE.—Aquí no hay para la Condesa de Laín más que regocijos y satisfacciones.

MÉDICO.—Ya lo ve usted, señora... Hemos vencido su repugnancia á entrar en la Pardina, y no vacilo en asegurar que ha de agradecérnoslo.

LUCREC.—(Suspirando.) En la Pardina estoy, sí... He dado ya el primer paso, y... (Recelando expresar su pensamiento delante de las niñas.) Pregunto yo: ¿no está en casa el señor Conde de Albrit, que ha mostrado deseos tan vivos de hablarme?

ALCALDE.—No está; pero volverá pronto de su paseo.

MÉDICO.—Convendría que le avisaran.

ALCALDE.—Sí... notifíquesele que le aguarda la señora Condesa.

DOLLY.—Mamá, ¿quieres que vayamos nosotras á buscarle?

LUCREC.—Tendréis que ir muy lejos....

NELL.—No, no. De seguro está en la entrada del monte.

VENANC.—Allí le encontrarán.

DOLLY.—Vamos. (Besa á su madre.)

MÉDICO.—Yo las acompañaré...

LUCREC.—Gracias, Doctor.

NELL.—(Besa á su madre.) Verás qué pronto te le traemos. (Vanse el Médico y las niñas. Detrás, Venancio.)

ESCENA V

LUCRECIA, EL CURA, EL ALCALDE.

LUCREC.—(Inquieta, cavilosa, con vivo interés.) Dígame, don Carmelo, ¿le ha visto usted hoy?

EL CURA.—No, señora.

ALCALDE.—Deseche usted, señora mía, ese miedo pueril... Si es mejor que hablen ustedes y se querellen, como buenos amigos.

EL CURA.—De la discusión, del altercado mismo, pudiera salir una franca avenencia.

LUCREC.—(Mirando al suelo.) Lo veo difícil... (Interroga al Cura con mirada penetrante.) El señor párroco de Jerusa no tiene conmigo la franqueza que yo merezco... No se atreve á repetir los horrores que mi suegro le ha dicho de mí.

EL CURA.—¿Horrores? Mi palabra que no. Ayer, durante la comida en

mi casa... (Premioso, sin decidirse á ser sincero.) algo habló de su hijo muerto, dignísimo esposo de usted... ponderó sus virtudes, su mérito no común... lloró.

LUCREC.—(Ansiosa.) ¿Y qué más?

EL CURA.—Demuestra un cariño ardiente á sus nietecitas. Oyéndole hablar de ellas, observamos Angulo y yo cierta exaltación del cariño paternal.

LUCREC.—No será extraño que las desdichas, amargando su alma, toda orgullo y altanería, lleven al buen don Rodrigo á la locura.

EL CURA.—No diré yo tanto. Sólo apunto la idea de que el señor Conde merece y reclama exquisitos cuidados.

LUCREC.—Y los tendrá. Encargaré á Venancio que, mientras permanezca en la Pardina, le cuide, le agasaje y atienda con delicadeza y solicitud á sus necesidades...

ALCALDE.—Y en lo que de mí dependa...

LUCREC.—(Al Cura.) Siga usted, don Carmelo.

EL CURA.—No hay más, señora. Terminó el Conde rogándome con grandes encarecimientos que solicitara la entrevista; y no pudiendo ver á usted anoche, transmití mi comisión al Alcalde y al Médico... Usted ha tenido la bondad de acceder.

ALCALDE.—Y al llegar aquí para prevenir á Su Excelencia, nos dicen que ha salido de paseo.

LUCREC.—(Con cierto interés, siempre muy inquieto.) ¿Solo?

EL CURA.—Creo que no...

LUCREC.—¿Con quién?

EL CURA.—No recuerdo... (Entra Venancio por la derecha.) Oye, tú... ¿quién me dijiste que acompañaba en su paseo al señor Conde?

ESCENA VI

Los mismos.—VENANCIO; después, SENÉN.

VENANC.—Senén... Pero antes de llegar al Calvario le despidió diciéndole que quería pasear solo. Volvió Senén, y...

LUCREC.—(Vivamente.) ¿Está aquí?

VENANC.—Precisamente vengo á decir á la señora que desea ser recibido por Vuecencia.

LUCREC.—(Con sorpresa y repugnancia.) ¿Ahora? (Variando de idea y propósito.) Sí, sí... le recibiré. (Aparece Senén por la derecha, y haciendo reverencia, permanece junto á la puerta.)

ALCALDE.—(Aparte al Cura.) ¿Quién es este pájaro?

EL CURA.—(Idem.) Un antiguo criado de Laín...

ALCALDE.—Ya... poseedor de secreticos... ¿Estorbamos?

EL CURA.—Entiendo que sí.

ALCALDE.—(Alto á Lucrecia.) Señora, don Rodrigo no puede tardar.

LUCREC.—¿Pero se van... me abandonan...?

EL CURA.—No saldremos de la Pardina.

ALCALDE.—Volveremos...

EL CURA.—Ánimo, señora. No tema usted al león.

LUCREC.—(Por Senén.) Antes hablaré con este perro... (Se van por el fondo el Alcalde y el Cura; tras ellos Venancio.)

ESCENA VII

LUCRECIA; SENÉN, que permanece á respetuosa distancia.

LUCREC.—(En pie, le interroga con interés, sin ocultar su desdén.) Ya sé que has visto al viejo, que le has hablado...

SENÉN.—(Siempre á distancia.) Viene de malas.

LUCREC.—(Disimulando su miedo.) ¿Y qué me importa? Forzoso será darle algo para que viva y me deje en paz.

SENÉN.—Lo dudo. Como soberbio que es, no querrá limosna; como quisquilloso y camorrista, querrá escándalo.

LUCREC.—(Trémula.) ¡Escándalo!... ¿qué?... ¿te ha dicho...?

SENÉN.—(Haciéndose el misterioso.) Á mí no. Un amigo mío, que vivió en Valencia con el señor Conde, me ha dicho que éste, desde la muerte de su hijo (Dios le tenga en gloria), no vive más que para revolver lo pasado, los desechos del pasado...

LUCREC.—Como los traperos en los montones de basura. (Muy inquieta.) En ti revolvería, te haría mil preguntas... Sabe que fuiste mi criado, que...

SENÉN.—(Aproximándose.) En mí tuvo y tendrá siempre la señora un servidor leal.

LUCREC.—(Queriendo librar su olfato del fuerte perfume que Senén despide de su ropa, se acaricia la nariz con el pañuelo, fingiendo constipación.) Lo sé... confío en ti.

SENÉN.—Sirvo á la señora desinteresadamente en todo aquello que guste mandarme, sea lo que fuere... Pero no olvide la señora que su humilde protegido, el pobre Senén, no merece quedarse á mitad del camino en su carrera.

LUCREC.—¿Pero qué... quieres más? ¡Pedigüeño insufrible...!

SENÉN.—(Acercándose. La Condesa se retira.) Permítame la señora... Las necesidades de mi subsistencia, cada día mayores, me obligan á molestar...

LUCREC.—Pretendes el ascenso...

SENÉN.—Sí, señora.

LUCREC.—(Displicente.) ¡Pero yo no puedo... yo...!

SENÉN.—(Calmoso.) El señor Marqués de Pescara, que goza de gran influencia, me dará el ascenso sólo con que Vuecencia se lo diga... ó se lo mande.

LUCREC.—¡Oh, pides cosas absurdas, enfadosas! (Aparte, alejándose.) Tener que soportar á este reptil, y oirle, y olerle... sólo porque le temo...

SENÉN.—(Tan calmoso en su servilismo como en sus postulaciones.) Si la señora no quiere favorecer á su fiel sirviente, no he dicho nada.

LUCREC.—(Deseando concluir.) Bien... se hará... Pero es dudoso que yo pueda ver á Ricardo...

SENÉN.—(Oficioso.) Le verá mañana.

LUCREC.—(Con súbito interés, aproximándose á él, sin temor á la fragancia heliotrópica.) ¿Dónde?... ¿qué dices?... ¿dónde?

SENÉN.—En Veralba... ¿No va la señora mañana á la quinta de los señores de Donesteve?

LUCREC.—Sí... ¿y allí...? ¿Cómo sabes que está Ricardo en Veralba?

SENÉN.—Cuando lo digo es porque lo sé... Puedo probarlo.

LUCREC.—¡Ah! lo sabes por su ayuda de cámara, que es tu primo... ¿Estás seguro...?

SENÉN.—Segurísimo... ¿Me promete la señora pedir... mi ascenso al señor Marqués?

LUCREC.—(Retírase de nuevo, avergonzada de sostener coloquio familiar con su criado.) Sí, sí: te prometo no olvidar el asunto, mirarlo con interés... siempre que tú correspondas á mi protección con una lealtad á toda prueba.

SENÉN.—(Con ademán de leal adhesión.) ¡Señora...!

LUCREC.—(Tapándose la nariz.) Retírate ya. Tus exigencias... perfumadas... dan dolor de cabeza.

TENANC.—(Presuroso por el fondo.) Señora, en este momento el señor Conde entra en la Pardina.

LUCREC.—(Con súbito espanto.) ¡Jesús... él!

TENANC.—(Mirando por el fondo.) Ya viene hacia acá.

LUCREC.—(A Senén.) Vete pronto.

VENANC.—Sal por aquí. (Le hace salir por la derecha.) ¿Quiere Vuecencia que le entretenga, que le diga...?

LUCREC.—(Con gran azoramiento.) Sí, sí; que no pase... Dile que... que será mejor mañana...

VENANC.—Aquí está ya.

LUCREC.—(Resignándose.) No hay remedio, no hay salvación. (Sacando fuerzas de flaqueza.) Que pase... No debo temerle, no, no... (Se sienta aparentando calma. Aparece el Conde en la puerta y se descubre. Pausa. Al entrar Albrit, retírase Venancio y cierra.)

ESCENA VIII

LUCRECIA, EL CONDE.

EL CONDE.—Señora Condesa. (Se inclina respetuosamente. Saluda ella con fría reverencia.) Agradezco á usted que haya tenido la bondad de concederme esta entrevista.

LUCREC.—Es obligación sagrada para mí acceder á su ruego... aquí ó en cualquier parte... Obligación digo: durante algún tiempo me ha llamado usted su hija.

EL CONDE.—Esos tiempos pasaron. Fué usted, como si dijéramos, una hija eventual... transitoria... Extranjera por nacionalidad, más aún por los sentimientos, jamás se identificó usted con mi familia ni con el carácter español. Contra mi voluntad, mi adorado Rafael eligió por esposa á la hija de un irlandés establecido en los Estados Unidos, el cual vino aquí á negocios de petróleo. (Suspirando.) ¡Funesta ha sido para mí la América!... Pues bien: como todo el mundo sabe, me opuse al matrimonio del Conde de Laín; luché con su obstinación y ceguera; fuí vencido... Me han dado la razón el tiempo y usted... usted, sí, haciendo infeliz á mi hijo y acelerando su muerte.

LUCREC.—(Airada, todavía medrosa.) Señor Conde... eso no es verdad.

EL CONDE.—(Fríamente.) Señora Condesa, es verdad lo que digo. Mi pobre hijo ha muerto del abatimiento, del bochorno á que le llevaron los escándalos de su esposa. Eso lo sabe todo el mundo.

LUCREC.—(Altanera, levantándose.) Mire usted lo que dice. Se hace usted eco de viles calumnias.

EL CONDE.—(Con cierta dulzura.) Lucrecia... aún podría suceder que yo

me equivocara, que fuese usted mejor de lo que supongo... Este error mío lo confirmaría usted si tuviera el arranque de confesarme la verdad...

LUCREC.—(Aturdida.) ¿La verdad?

EL CONDE.—Sí... trátase de un punto delicadísimo, sobre el cual interrogaré á usted...

LUCREC.—¿Cuándo?

EL CONDE.—Ahora mismo.

LUCREC.—(Con ter or.) ¡Interrogarme! ¿Soy acaso criminal?

EL CONDE.—Creo que sí.

LUCREC.—(Con pánico.) Esto es insoportable... No puedo más.

EL CONDE.—No, no. No puede usted negarse á responderme... Lo que voy á preguntar es grave, y el acto de preguntarlo yo, de responderme usted, ha de revestir cierta solemnidad... Ahora no soy yo quien habla: es el marido de la que me escucha, es mi hijo, que resucita en mí. (Pausa.) Siéntese usted.

LUCREC.—Por piedad, señor... Me está usted martirizando.

EL CONDE.—(Se sienta frente á Lucrecia.) Perdóneme usted... Es preciso... Hay que sufrir algo, Lucrecia. (Pausa. Lucrecia, ansiosa, no se atreve á mirarle.) Al volver á Cádiz de mi frustrado viaje, entregáronme una carta de Rafael, en la cual me manifestaba su dolor, su amargura hondísima. La vida había perdido para él todo interés. Hallábase enfermo, y en su desesperación no anhelaba curarse. Le consumía la tristeza, la pérdida de toda ilusión... la vergüenza de ver ultrajado su nombre.

LUCREC.—(Revolviéndose.) ¡Señor Conde!

EL CONDE.—Mi hijo vivía separado de su esposa desde el año anterior.

LUCREC.—¿Y quién asegura que fué por culpa mía?

EL CONDE.—No me interrumpa... Calle usted ahora, y escuche... Rafael no me decía nada concreto. Expresaba tan sólo el estado de su espíritu, sin exponer las causas... Claro que al recibir la carta, me fuí á Valencia.

LUCREC.—¡Ay de mí!

EL CONDE.—(Con grande emoción.) Dos horas antes de llegar yo, mi adorado hijo había muerto. Un tremendo acceso de disnea, el colapso... la muerte... ¡Todo en unas cuantas horas! (Llora. Pausa.) Murió en el cuarto de una fonda... vestido sobre la cama... mal asistido de gentes mercenarias... ¡Jesús, qué dolor!

LUCREC.—(Muy conmovida, sollozando.) ¡Oh, señor Conde! Aunque usted no lo crea... yo le amaba.

El Conde.—(Iracundo, limpiándose las lágrimas.) ¡Mentira! Si le amaba usted, ¿por qué no corrió á su lado al saber que estaba enfermo?

Lucrec.—(Sin saber qué decir.) Porque... No sé... complicaciones de la vida... Yo...

El Conde.—Déjeme usted concluir... Fácilmente comprenderá mi desolación al encontrarle muerto... (Cruza las manos sollozando.) ¡Oh, pena inmensa, agonía lenta de mi vejez, más espantosa que cuantos males en todo tiempo sufrí! ¡Verle cadáver, hablarle sin obtener respuesta, sin que á mis caricias respondiera con un gesto, con una mirada, con una voz!... ¡Ver que todo se lo llevaba, todo, al abismo del silencio, la muerte! (Lucrecia, poseída de intensa emoción, llora apretándose el pañuelo contra los ojos.) ¡Horrible, pavoroso!... Usted no tiene corazón; usted no sabe lo que es esto. Llora usted. (La ve llorar. Pausa.) ¡Qué hermoso sería que en este instante pudiéramos llorar usted y yo por aquel ser querido!... (Lucrecia da algunos pasos hacia él: están á punto de abrazarse... Vacilan... El Conde la rechaza secamente.)

Lucrec.—(Volviendo á la silla.) Sinceras son mis lágrimas.

El Conde.—Naturalmente... viendo mi pena... no es usted de bronce. (Lucrecia inclina la cabeza; fija los ojos en el suelo, silenciosa.) Al fin calla usted... (Se levanta.) Ahora veo, ahora veo á la desdichada Lucrecia en el terreno en que debe ponerse, que es el de la sumisión resignada, esperando un fallo de justicia. (Pausa.) ¿Declara usted que su conducta con mi hijo, al menos en determinadas épocas de su vida, no fué buena?

Lucrec.—(Tímidamente.) Lo declaro... Pero algo debo decir en descargo mío...

El Conde.—Ya escucho.

Lucrec.—Mis desavenencias con Rafael eran antiguas...

El Conde.—Datan del segundo ó tercer año de matrimonio... Transcurrido el primer año, nació el primogénito, á quien pusieron mi nombre. Murió de tres ó cuatro meses.

Lucrec.—Es cierto.

El Conde.—Pasado algún tiempo, que no puedo precisar, pues esto ocurrió en los años de mi residencia en América, empezó la Condesa de Laín á lanzarse por el mal camino.

Lucrec.—(Cohibida, batiéndose desesperadamente en retirada.) ¡Oh, señor Conde! si hubiera usted encontrado vivo á su hijo, seguramente Rafael... al juzgarme... no habría sido muy duro.

El Conde.—Fué más que duro, implacable.

Lucrec.—¿En sus últimos momentos?

El Conde.—En sus últimos momentos. Fíjese usted en lo que afirmo.

Lucrec.—(Con estupor.) ¡Pero si acaba usted de decirme...!

El Conde.—Que le encontré muerto, sí.

Lucrec.—(Pausa. Ambos se miran.) Entonces...

El Conde.—Los muertos hablan.

Lucrec.—(Vacilando entre la credulidad y un miedo supersticioso.) ¡Rafael...!

El Conde.—Desesperado, loco, permanecí no sé cuántas horas ante el cadáver de mi pobre hijo, sin darme cuenta de nada que no fuera él y el misterio inmenso de la muerte. Pasado algún tiempo, empecé á fijar mi atención en lo que me rodeaba, en sus ropas, en los muebles que había usado, en la estancia... (Pausa. Lucrecia le escucha con ansiosa expectación.) En la estancia había una mesa con varios libros y papeles y entre ellos una carta...

Lucrec.—(Temblando.) ¡Una carta...!

El Conde.—Sí: escribiéndola estaba Rafael, cuando se sintió mal. Vino bruscamente la muerte... le atacó con furia, ¡ay!... llamó, acudieron... Todo inútil... La carta... allí quedó medio escrita... Allí estaba... ¡viva!... ¡hablando!... ¡era él! La leí sin cogerla, sin tocarla, inclinado sobre la mesa, como me habría inclinado sobre su cama si le hubiera encontrado vivo. La carta dice...

Lucrec.—(Casi sin aliento, la boca seca.) ¿Era para mí?

El Conde.—Sí.

Lucrec.—Démela usted. (El Conde deniega con la cabeza.) ¿Pues cómo he de enterarme?....

El Conde.—Bastará que yo repita su contenido. La sé de memoria.

Lucrec.—No basta... Necesito leerla... reconocer la letra...

El Conde.—No es preciso. Yo no miento. Bien lo sabe usted... Principia con amargas quejas que pintan la discordia matrimonial. Siguen estos conceptos gravísimos: (Repitiéndolos palabra por palabra.) «Te anuncio que si no me envías pronto á mi hija, la reclamaré. Quiero tenerla á mi lado... La otra niña... la que no es hija mía, según declaración tuya en la carta que escribiste á tu amante el pintor Carlos Eraul, muerto hace un año, esa te la dejo, te la entrego, te la arrojo á la cara.» (Pausa.)

Lucrec.—(Con estupor, que casi es embrutecimiento.) ¡Eso decía... eso dice...!

El Conde.—¿Lo duda usted?

Lucrec.—No dudo... No sé... (Agarrándose á una idea.) La carta puede ser falsa... Algún enemigo mío pudo escribirla para vilipendiarme...

El Conde.—(Con ademán de sacar la carta.) La escribió mi hijo.

Lucrec.—(Rebelándose.) No, no quiero verla... ¡Qué abominación!

El Conde.—Pero no negará usted...

Lucrec.—(Decidiéndose por la negativa.) Sí... niego, rechazo...

El Conde.—Y yo ¡necio de mí! esperaba encontrar en usted la suficiente grandeza de alma para completar la revelación de mi hijo, diciéndome...

Lucrec.—(Espantada.) ¿Qué?

El Conde.—(Con austera sencillez.) Diciéndome cuál de las dos hijas es la que usurpa mi nombre, la que personifica mi deshonor.

Lucrec.—¡Infame idea! No es verdad.

El Conde.—(Con severa autoridad.) Dígame usted pronto, pronto, cuál es la falsa, ó cuál la verdadera: es lo mismo. Necesito saberlo, tengo derecho á saberlo, como jefe de la casa de Albrit. Esta casa histórica, grande en su pasado, madre de reyes y príncipes en su origen, fecunda después en magnates y guerreros, en santas mujeres, ha mantenido incólume el honor de su nombre. No puedo impedir hoy ¡triste de mí! este caso vergonzoso de bastardía legal; no puedo impedir que la ley transmita mi nombre á mis dos herederas, esas niñas inocentes. Pero quiero hacer en favor de la auténtica, de la que es de mi sangre, una exclusiva transmisión moral. Esa será la verdadera sucesora, esa será mi honor y mi alcurnia en la posteridad; la otra, no. Falsa rama de Albrit, la repudio, maldigo su extracción villana y su existencia usurpadora.

Lucrec.—¡Por piedad!... No puedo más. (Consternada, cae en el sillón sollozando. Pausa larga.)

El Conde.—Lucrecia, ¿reconoce usted al fin la razón que me asiste?... Llora usted. (Creyendo que los procedimientos de suavidad serán más eficaces.) Sin duda expongo mis quejas con demasiada severidad; sin duda interrogo con altanería... No puedo vencer la fiereza de mi carácter... Perdóneme usted. (Con dulzura.) Ahora no mando, no acuso... no soy el juez... soy el amigo... el padre, y como tal suplico á usted que me saque de esta horrible duda. (Lucrecia calla mordiendo su pañuelo.) Valor... una palabra me basta... Después de oída, nada diré... La verdad, Lucrecia, la verdad es la que salva.

Lucrec.—(Después de horrible lucha, se levanta bruscamente, y desesperada y como loca, recorre la estancia.) ¡Oh, no puedo más! ¡Huir, volar, esconderme...! ¡Favor!

El Conde.—¿No me contesta?

LUCREC.—(Con fiereza, con resolución inquebrantable, parándose ante él.) ¡Nunca!

EL CONDE.—¿De veras?

LUCREC.—¡Nunca! Antes morir.

EL CONDE.—(Con autoridad calmosa.) Bien. Pues lo que usted no quiere decirme, yo lo averiguaré.

LUCREC.—¿Cómo?

EL CONDE.—¡Ah!... ¡yo me entiendo!

LUCREC.—¡Desdichado anciano! Su demencia me inspira compasión.

EL CONDE.—La de usted á mí no me inspira lástima. No se compadece á los seres corrompidos, encenagados en el mal.

LUCREC.—(Iracunda, descompuesta.) ¡Ah! ¡se atreve á injuriarme! ¡Albrit, raza de locos... caballería burlesca... honor de bambolla!... ¡Qué sería del viejo león si yo no le amparase! Soy generosa, le perdono sus injurias, y cuidaré de que no muera en un hospital, ó arrastrando su melena por los caminos.

EL CONDE.—(Con supremo desdén.) Lucrecia Richmond, quizás Dios te perdone... Yo también te perdonaría si pudieran ir juntos el perdón y el desprecio.

LUCREC.—(Dirigiéndose á la puerta.) Basta ya. (A las niñas, que entreabren la puerta sin atreverse á entrar.) Podéis pasar.

ESCENA IX

LUCRECIA, el CONDE.—NELL y DOLLY, que corren á abrazar á su madre; tras ellas, GREGORIA y VENANCIO; poco después, el CURA y el MÉDICO.

LUCREC.—Prendas queridas, dadme mil besos. (La besan.)

NELL.—(Observándole el rostro.) Mamita, tú has llorado.

LUCREC.—El abuelo y yo hemos evocado recuerdos tristes...

DOLLY.—(Mirando al Conde, que permanece inmóvil.) También el abuelito ha llorado. (Se acerca.)

EL CONDE.—Venid... abrazadme... (Las dos acuden á él, y le abrazan y besan.)

LUCREC.—(Aparte á Gregoria y Venancio.) Le atenderéis, le cuidaréis... Pero vigiladle siempre, siempre...

DOLLY.—(Al Conde.) Esta tarde pasearemos...

EL CONDE.—Sí, sí... no me separaré de vosotras... Charlaremos, estudiaremos...

NELL.—Nos enseñarás la Aritmética, la Historia...

EL CONDE.—¡La Historia!... No: esa vosotras me la enseñaréis á mí.

(Entran por el foro el Cura y el Médico: ambos se dirigen á Lucrecia.)

EL CURA.—¿Qué tal? ¿Tenemos reconciliación?

LUCREC.—(En voz baja.) Imposible. Encargo mucha vigilancia... (Al Médico.) Y á usted, señor Angulo, no me cansaré de recomendarle que le observe...

EL CURA.—¡Infeliz señor!...

MÉDICO.—Descuide usted... se le observará... (Pasa á saludar al Conde.)

EL CURA.—¿Insiste usted en dejarnos?

LUCREC.—Tengo que estar en Veralba hoy mismo. (Con ademán de retirarse.)

NELL.—Mamita, ¿te acompañamos á tu casa, ó nos quedamos un rato con el abuelo?

LUCREC.—Lo que el abuelo disponga.

EL CONDE.—Si vuestra mamá se va esta tarde, debéis estar á su lado hasta la hora de partir.

MÉDICO.—¿Y qué tal, señor Conde?

EL CONDE.—Mal.

MÉDICO.—¿La vista...?

EL CONDE.—Sí... Toda la mañana he notado una obscuridad, una vaguedad en los objetos... (Mirando en derredor con ojos que se esfuerzan en ver.) Apenas distingo... (Fijándose en Lucrecia, que altanera le clava la mirada.) No veo bien más que á Lucrecia... á esa sí la veo... allí está... Mi ceguera creciente no me permite ver más que las cosas grandes, el cielo, el mar... y ella es grande, grande como el mar. Es otro mar, inmenso... insondable. (Su voz se extingue. Queda inmóvil y rígido. Profundo silencio. Todos le miran.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, poniendo en orden los muebles; EL CONDE, sentado, profundamente abstraído; NELL y DOLLY.

GREGOR.—Señor... (El Conde no oye: continúa metido en sí y hablando solo. Gregoria se aproxima.) ¡Señor!... No me oye... Su pensamiento anda por las nubes...

EL CONDE.—(Para sí.) La verdad, la verdad... quiero la verdad.

GREGOR.—(Alzando la voz.) Señor Conde... (Entran Nell y Dolly corriendo por la derecha; tras ellas, don Pío.)

NELL.—¡Abuelito querido!

DOLLY.—¿Vendrás de paseo con nosotras? (Ambas le besan.)

EL CONDE.—(Saliendo de su abstracción.) No... hoy no podréis pasear, hijas mías. La tempestad está encima. (Mirando hacia el ventanal.) Ya llueve. (El cielo se obscurece; óyese un trueno lejano.)

NELL.—Parece que truena.

D. PÍO.—(Adelantándose con gran respeto y timidez.) Señor Conde, saludo á Vuecencia.

EL CONDE.—¡Pobre Coronado, cómo le marean estas pícaras! ¿Y qué tal?... ¿han sabido la lección?

D. PÍO.—(Con noble sinceridad.) Señor, ni palotada. Me lo puede creer.

EL CONDE.—(Jovial.) ¡Qué monas! Besadme otra vez, amables borriquitas.

DOLLY.—Ya lo oye usted, don Pío.

D. PÍO.—Oigo, sí... y no olvido lo que el señor Conde me dijo anoche: que no debo introducir más paja en la cabeza de las señoritas.

NELL.—Y que lo que nos conviene es educar la voluntad.

EL CONDE.—Justo: eso dije.

DOLLY.—Por eso á mí no me gusta saber nada de libros, sino de cosas.

EL CONDE.—Muy bien.

D. PÍO.—Y con permiso del señor Conde, yo pregunto: ¿qué son cosas, señorita Dolly?

DOLLY.—Pues... cosas.

NELL.—Cosas.

EL CONDE.—Ya, ya. Hijas mías, el arte de la vida os lo irá enseñando una maestra menos blanda que vuestro don Pío: la rigurosa experiencia... (Variando de tono.) Vamos... terminó por hoy la lección. Señor Coronado, puede usted retirarse.

D. PÍO.—Por la tarde no estará de más repasar un poco de historia.

EL CONDE.—(Levantándose, lleva á don Pío aparte.) No... la historia la repasaremos usted y yo... Vuelva usted luego. Tenemos que hablar.

(Saluda don Pío y se retira. El Conde, con un gesto, indica á Gregoria que salga.)

ESCENA II

EL CONDE, NELL, DOLLY.

NELL.—Ya estamos solitos los tres. (Dolly corre al ventanal.)

EL CONDE.—Los dos... Dígolo porque vosotras... ¿Qué haces, Dolly?

DOLLY.—Mirar al cielo. ¡Qué negro está! Va á caer el diluvio.

EL CONDE.—Mejor. Un poco de diluvio no vendrá mal.

NELL.—¿Que decías?

EL CONDE.—Acércate, Dolly. (Se aproxima Dolly.) Decía que vosotras, aunque sois dos... dos (Las señala una después de otra), á mí siempre me parecéis una sola. (Confusión en las niñas.) ¿Qué pensáis de esto? Quiero decir que en vosotras hay algo que sobra.

DOLLY.—¿Algo que sobra? Ahora lo entiendo menos.

NELL.—Quiere decir el abuelo que en nosotras, en las dos, no en una sola, hay lo malo y lo bueno.

DOLLY.—Y lo que sobra es lo malo.

EL CONDE.—Y debe quitarse, arrojarse fuera.

NELL.—O será que una de nosotras es mala y la otra buena.

EL CONDE.—Quizás...

NELL.—En ese caso la mala soy yo, y la buena Dolly.

DOLLY.—No, no: la mala soy yo, que siempre estoy inventando diabluras.

El Conde.—(Atormentado de una idea.) Chiquillas, acercaos á mí; aproximad vuestros rostros para que os vea bien. (Se pone una á cada lado: el Conde las abraza. Las tres cabezas resultan casi juntas.) Así, así... (Mirándolas con atención muy fija.) No veo, no veo bien. (Con desaliento.) Esta condenada vista se me va, se me escapa cuando más la necesito. Y por más que os miro, no hallo diferencia en vuestros semblantes.

Nell.—Dicen que nos parecemos. Pero Dolly es un poquito más morena que yo, menos blanca.

El Conde.—(Con gran interés.) ¿Y el cabello, lo tenéis negro las dos, muy negro, muy negro?

Dolly.—El mío es más obscuro que el de Nell.

Nell.—Otra diferencia tenemos. Mi nariz es un poquito menos chata.

Dolly.—Y mi boca más grande que la tuya.

El Conde.—¿Y los dientes?

Nell.—Las dos los tenemos preciosos... No es por alabarnos...

Dolly.—Pero yo tengo este colmillo un poquito encaramado... así como retorcido... Toca, abuelito. (Llevándose á la boca el dedo del Conde.)

El Conde.—Es verdad... Colmillo retorcido...

Nell.—Otras diferencias tenemos.

El Conde.—Vuestros ojos, cuando los examino con mi corta vista, me parecen igualmente bellos... Nell, hazme el favor de mirar el color de los ojos de tu hermana... Y tú, Dolly, fíjate bien en los de Nell. Decidme el color justo.

Nell.—Los ojos de Dolly son negros.

Dolly.—Los de Nell son negros; pero los míos son más.

El Conde.—(Con interés ansioso.) ¿Más? Los tuyos, Dolly, ¿tienen acaso un viso verde?

Nell.—Me parece que sí... entre verde y azul.

Dolly.—(Mirando de cerca los ojos de su hermana.) Lo que tienen los tuyos es rayitas doradas... sí, sí, y también algo verde.

El Conde.—Pero son negros. Los de vuestro papá, mi querido hijo, negros eran como el ala del cuervo.

Nell.—Era guapísimo papá.

El Conde.—(Suspirando.) ¿Os acordáis de él?

Dolly.—¿Pues no hemos de acordarnos?

Nell.—Pobrecito, ¡cuánto nos quería!

Dolly.—Nos adoraba.

El Conde.—¿Cuándo le visteis por última vez?

NELL.—Hace... creo que dos años, cuando se fué á París. Por entonces nos sacaron del colegio.

EL CONDE.—¿Se despidió de vosotras?

DOLLY.—Sí, sí: dijo que volvería pronto, y no volvió más. Después fué á Valencia.

NELL.—Mamá salió también para París; pero se quedó en Barcelona. No nos llevó.

DOLLY.—Al volver á Madrid estaba muy disgustada, sin duda por la ausencia de papá.

EL CONDE.—¿Y en qué conocíais su disgusto?

NELL.—En que estaba siempre en la calle, señal de que se aburría. Nosotras comíamos solas.

EL CONDE.—¿Y en esa época os trajeron acá?

DOLLY.—Sí, señor.

EL CONDE.—Decidme otra cosa: ¿queríais mucho á vuestro papá?

NELL.—Muchísimo.

EL CONDE.—Me figuro que una de vosotras le quería menos que la otra.

LAS DOS.—(Protestando.) No, no, no... Las dos igual.

EL CONDE.—(Después de una pausa, clavando en ellas sus ojos, que poco ven.) ¿Y creéis que él quería lo mismo á entrambas?

DOLLY.—A las dos lo mismo.

EL CONDE.—¿Estáis seguras de eso?

NELL.—¡Y tan seguras! Desde París nos escribía cartitas.

EL CONDE.—¿A cada una por separado?

DOLLY.—No: á las dos en un solo papel, y nos decía: «Florecitas de mi alma, únicas estrellas de mi cielo...» Pero de Valencia no nos escribió nunca.

NELL.—Ninguna carta recibimos de Valencia. Nosotras escribíamos, y él no nos contestaba. (Larga pausa. El Conde apoya la frente en sus manos, con las cuales empuña el palo, y permanece un rato en profunda meditación.)

DOLLY.—Abuelito, ¿tienes sueño?

EL CONDE.—(Suspirando, alza la cabeza y se frota los ojos.) No... Esto no es dormir: es pensar. (Ruido de temporal. La lluvia azota los vidrios del balcón; truenos menos lejanos.)

NELL.—(Corriendo al balcón.) ¡Qué temporal!

EL CONDE.—(Aparte, meditando.) Las facciones nada me dicen. (Animándose.) Hablarán los caracteres. (Alto.) Chiquillas...

DOLLY.—Abuelito, ¿me dejas salir al balcón á coger granizo?

NELL.—(Vivamente.) No, no: yo tengo frío; no abras.

DOLLY.—(Burlándose.) ¡Qué riolera se ha vuelto la niña! (Al Conde.) ¿Abro?

EL CONDE.—Haz lo que te dice tu hermana.

NELL.—No la dejes. Este invierno cogí un constipado tremendo por culpa suya.

DOLLY.—Ella fué la que, el día de la gran nevada, se empeñó en salir.

NELL.—Ella, ella. (Incomodándose.) Dos horas me tuvo en el bosque haciendo bolas de nieve.

DOLLY.—(Agresiva.) Para bolas las que tú dices.

NELL.—Y otras dos horas en la plaza, dibujando la torre de la iglesia y los árboles nevados.

DOLLY.—¡Mentira! Fuiste tú...

NELL.—(Vivamente.) Yo digo la verdad...

DOLLY.—(Picadas las dos.) Ahora no... Es que eres tú muy orgullosa.

NELL.—Abuelo, me ha dicho que miento.

EL CONDE.—Y tú no mientes nunca; no está en tu natural la mentira.

DOLLY.—Ella me dijo ayer á mí embustera.

EL CONDE.—¿Y qué hiciste?

DOLLY.—Echarme á reir.

NELL.—Pues no tolero que me digan que miento. (Lloriquea.)

EL CONDE.—¿Lloras, Nell?

DOLLY.—(Riendo.) Tonterías, abuelo.

NELL.—Soy muy delicada. Mi dignidad por la menor cosa se ofende.

EL CONDE.—¡Tu dignidad!

DOLLY.—Lo que tiene es envidia.

EL CONDE.—¿De qué?

DOLLY.—(Con travesura jovial.) De que todos me quieren más á mí.

NELL.—Yo no soy envidiosa.

EL CONDE.—Vaya, Nell, no llores, pues no hay motivo para tanto. Y tú, Dolly, no te rías. ¿No ves que la has ofendido?

NELL.—Siempre es así: todo lo toma á risa.

EL CONDE.—(Para sí.) Nell tiene dignidad. Esta es la buena. (A Dolly, con un poquito de severidad.) Dolly, te he mandado que no te rías.

DOLLY.—Es que me hace gracia...

EL CONDE.—(A Nell, acariciándola.) Tú eres noble, Nell. En ti se revela la sangre, la raza... Vaya, haced las paces.

NELL.—No quiero.

DOLLY.—(Burlona.) Ni yo.

El Conde.—Esa risita, Dolly, es un poco ordinaria.

Dolly.—Bueno, bueno. (Transición. Se pone seria; retírase súbitamente hacia el foro; se sienta en una silla, y apoyando los codos en una mesita próxima, permanece inmóvil, en actitud triste, expresando vergüenza ó arrepentimiento.)

Nell.—(En voz baja al Conde.) Dolly está sentida... Le has dicho ordinaria, y esto le llega al alma. ¡Pobrecilla!

El Conde.—Dime, hija mía, ¿has notado otra vez en Dolly estos arranques?

Nell.—¿De qué?

El Conde.—De naturaleza ordinaria.

Nell.—No, papá: ¡qué cosas tienes! Dolly no es ordinaria. Creo que se lo has dicho en broma. Dolly es muy buena.

El Conde.—¿La quieres tú?

Nell.—Con toda el alma.

El Conde.—¿Y no te has incomodado con ella porque te ha dicho que mentías?

Nell.—Yo, no... Cosas de nosotras. Reñimos, y en seguidita hacemos las paces. Dolly es un ángel: le falta sentar un poquito la cabeza. Yo la quiero... nos queremos... Ganas tengo ya de abrazarla y decirle que me perdone.

El Conde.—Otro rasgo de nobleza... Nell, tú eres noble. Ven á mí. (La abraza.) Y esa loquilla, ¿dónde está?

Nell.—Allí... Se ha enojado. Llámala y perdóñala.

El Conde.—Antes, explícame otra cosa. Dijiste no sé qué de vuestras pinturas ó dibujos.

Nell.—Es ella la que dibuja... Tiene gran disposición.

El Conde.—(Con asombro.) ¡Ella!

Nell.—¿No lo sabías? Es pintora.

El Conde.—¿Qué me dices?

Nell.—Dibuja y hace acuarelas preciosísimas. ¿No has visto el álbum?

El Conde.—Dolly, Dolly, ven acá, hija mía. (Acércase Dolly lentamente, traída de la mano por Nell.) ¿Con que tú...?

Dolly.—(Con infantil modo, quejumbrosa.) No hagas caso, abuelito... me dió por pintar monigotes... Salíamos al campo y copiaba en mi álbum todo lo que veía: árboles, casitas, animales...

El Conde.—¿Quién te ha dado lecciones? (Dolly alza los hombros.)

Nell.—Nadie: lo que sabe lo aprendió solita, mirando las cosas.

El Conde.—(Con gran agitación, que procura disimular.) Dime: ¿sientes una afición honda, un gusto intenso de la pintura? ¿Te sale del fondo del alma el anhelo de reproducir lo que ves?

DOLLY.—Sí, abuelito.

NELL.—Desde que era chiquitina hacía garabatos.

EL CONDE.—(A Nell.) ¿Y tú no dibujas?

NELL.—¡Soy más torpe...! No sirvo... no acierto... me aburro.

EL CONDE.—(Con viveza y amargura.) ¡Tú eres pintora, Dolly; tú...! Luego... (Se clava los dedos en el cráneo.)

NELL.—Verás, verás el álbum. (Sale corriendo por la derecha.)

EL CONDE.—(Levántase muy agitado; se pasea por la estancia.) Es ella, sí... la falsa... ¡Maldita pintura... arte infame!

DOLLY.—(Asustada, siguiéndole.) Abuelito, ¿qué te pasa?

EL CONDE.—Déjame... Infeliz, ¿para qué naciste?

DOLLY.—(Suspensa.) ¿Por qué nací? (Muy afligida.) Tienes razón... Si no me quieres, ¿para qué vive la pobre Dolly?

EL CONDE.—(Parándose, la coge por los brazos y la mira fijamente.) ¿Crees tú que vives para mí... para el viejo y desgraciado Albrit?

DOLLY.—Así lo creo.

EL CONDE.—¿Me quieres?

DOLLY.—¡Que si te quiero! Dame la ocasión de probártelo.

EL CONDE.—(Aparte, volviendo á pasear.) ¡Ah! Trata de ganar mi afecto con zalamerías... (Alto.) Bien, hija mía: espero la prueba... ¿Me amas... de verdad me amas?

DOLLY.—Más de lo que piensas.

EL CONDE.—¿Me amarás más que tu hermana?

DOLLY.—No, más no. La ofendería ¡pobre Nell! si dijera que te quiere menos que yo. Las dos somos tus nietas, y te queremos lo mismo.

EL CONDE.—(Aparte, meditabundo.) Pues esto es nobleza... y nobleza de ley.

NELL.—(Entrando presurosa con el álbum.) Aquí está.

EL CONDE.—(Aparte.) ¿Resultará ésta la legítima y Nell la intrusa? ¡Dios mío, luz, luz! (Las dos niñas hojean el álbum.)

NELL.—Esta no, que está sin concluir.

DOLLY.—Esta tampoco, que es lo peor que hice.

EL CONDE.—(Abstraído.) Lo de la pintura puede ser un dato falso. (Confuso y apenado.) ¡Señor, luz! (Relámpago vivo.)

NELL.—Mira esto: la torre de la iglesia.

EL CONDE.—(Inquietísimo, alejándose de ellas.) Dejadme... No quiero ver nada. Guardaos vuestro libro. (Suena un trueno cercano con fragor formidable. La lluvia y el granizo azotan furiosamente los cristales.)

NELL.—(Dejando caer el libro.) ¡Jesús me valga!

DOLLY.—¡Ay, qué miedo! (Se obscurece la estancia.)

EL CONDE.—(Con desvarío, recorriendo la escena.) ¿Cuál de las dos se asusta de los truenos?

NELL.—Yo. (Ambas niñas permanecen juntas, á distancia del Conde.)

DOLLY.—Yo.

EL CONDE.—(Agitadísimo, escuchando las voces de sus nietas.) ¿Cuál de las dos me habla?

NELL.—Yo, abuelito.

DOLLY.—Yo. (Suenan las dos voces simultáneamente.)

EL CONDE.—Es una, una sola.

NELL.—Soy yo.

DOLLY. Soy yo. (Simultáneamente.)

EL CONDE.—(Irritado, dando algunos pasos hacia donde suenan las voces de las niñas.) ¿Quién es, cuál es, por Cristo? Vuestras voces son una sola. ¿Cuál de vosotras ha dicho «yo soy»?

DOLLY.—(Medrosa, juntándose más á su hermana y alejándose del Conde.) Abuelo, no nos riñas.

NELL.—Te tenemos miedo. (Los truenos retumban alejándose.)

EL CONDE.—(Iracundo.) ¿Cuál de vosotras me tiene miedo?

NELL.—Yo.

DOLLY.—Yo. (Simultáneamente.)

EL CONDE.—(Trastornado.) ¡Cuál, cuál, pregunto!

NELL.—(Temblando.) Tenemos miedo á la tempestad.

DOLLY.—A ti no.

EL CONDE.—(Su desvarío se resuelve por súbito cansancio Desfallece; cae en el sillón.) La tempestad está en mi alma. (Acuden las dos á su lado.) ¿Sabéis qué tempestad es ésta que tengo aquí? Se llama la duda... la duda... Venid, hijas mías, ángeles inocentes... Abrazadme.

ESCENA III

EL CONDE, NELL, DOLLY.—EL CURA, EL MÉDICO, VENANCIO, GREGORIA.

EL CURA.—Señor Conde, ¿cómo va ese valor?

EL CONDE.—Bien, hombre, bien.

MÉDICO.—(Mirando al cielo.) Gracias á Dios, ya pasa...

EL CONDE.—¿Qué?

VENANC.—La tempestad, señor: corre hacia el Este.

EL CONDE.—No pasa, no. Ahora está en toda su fuerza.

EL CURA.—(Desde el ventanal, iluminado por luz cenital.) Ya se despeja el cielo; ya brilla el sol.

El Conde.—Para mí es noche tenebrosa, que á ratos iluminan relámpagos y centellas.

Venanc.—(Aparte al Cura.) ¿Ve usted cómo desvaría?

Médico.—Señor Conde, vuelvo á recomendarle que aparte de su mente toda idea de...

El Conde.—(Con amargura, cortándole la palabra.) Cállate. Quieres quitarme lo único que me resta de mi antiguo caudal.

El Cura.—¡Oh, no...!

El Conde.—Me suprimís el pensamiento; extremáis la sabia política de prohibiciones y abstinencias que esos (Por Venancio y Gregoria.) practican en mí...

Venanc.—¿Señor, nosotros...?

El Cura.—¿Qué es esto, Venancio?

El Conde.—Déjenme seguir... Oigan este rasgo de... de perfecta administración. Cuando llegué á la Pardina, mi buen amigo y antiguo servidor, Venancio, puso á mis órdenes á un muchacho listo, inteligente, para que fuese mi ayuda de cámara. Toda mi vida he tenido un criado de esta clase. Mentira me parecía que pudiera pasarme sin él... Pues me paso, sí señor, me paso; porque hoy me han quitado el criadito, y ya ven... estoy perfectamente.

Nell.—Volverá.

Dolly.—¡Pues no faltaba más!

Venanc.—(Mascando las palabras.) Señor, es que...

Gregor.—(Intentando una disculpa.) Fué preciso mandarle á traer hierba.

(El Cura y el Médico se miran disgustados.)

El Conde.—La traéis sin duda para mi sustento y regalo. Bien. A cada instante decís que sois pobres. Yo entiendo que pronto seréis riquísimos. Os veo en el camino de la opulencia, mayormente si Gregoria persiste en aplicarme su arte sublime de mujer casera.

Gregor.—(Asustada.) ¿Señor, qué dice...?

El Cura.—¿Qué ha ocurrido?

El Conde.—Nada: que Gregoria, mirando siempre á la economía, me ha suprimido mi bebida favorita, el buen café.

Gregor.—Permítame el señor Conde que le diga...

El Conde.—Sí: que me lo serviste esta mañana... Era un cocimiento asqueroso, recalentado y frío. No pude tomarlo. Me repugnó el brebaje, la loza indecente y sucia...

El Cura.—(Enojado.) ¡Oh, esto no puede ser!

Nell.—Gregoria, parece increíble...

DOLLY.—(Indignada.) ¡Qué infamia!

VENANC.—(Confuso, queriendo disculparse.) Señores, el caso es que...

MÉDICO.—Conviene que se sirva al señor Conde un café muy bueno. Yo lo mando.

EL CURA.—Y yo.

MÉDICO.—Tal es la voluntad de la señora Condesa...

EL CURA.—O haremos en mi casa el café y se le mandará.

DOLLY.—No es preciso, don Carmelo, mientras yo esté aquí... ¿Es verdad, abuelito, que no te has desayunado?... (Con resolución.) Voy, voy corriendo á la cocina.

GREGOR.—(Deteniéndola.) Para eso estoy yo. Las señoritas tienen que vestirse.

EL CONDE.—¿Para qué?

VENANC.—Irán á casa de la señora Alcaldesa, que las invita...

GREGOR.—Hoy celebra su cumpleaños...

NELL.—Iremos, sí.

DOLLY.—Yo no voy. Tengo que hacer en casa.

EL CURA.—¡Oh, no! Hay que ir. Díjome el Alcalde que vendrá á buscar á las señoritas.

DOLLY.—He dicho que no voy.

NELL.—Yo, sí.

EL CONDE.—(Aparte al Cura y al Médico.) Ya lo veis: no son iguales. La diferencia de sus pareceres indica tal vez mayor diferencia en sus almas. (Alto.) Dejadlas, dejadlas; que cada cual obedezca á los mpulsos de su corazón. (Despidiéndolas afectuoso.) Hijas mías, haced lo que más os guste. Fuera disciplina, fuera sujeción. Os declaro libres y absolutamente dueñas de vuestra voluntad.

DOLLY.—Vámonos. (Vanse las niñas por la derecha.)

EL CONDE.—(A Gregoria.) Y tú, quédate aquí... que aún tengo algo que deciros.

EL CURA.—(Aparte al Médico.) Las niñas se van. Esta es la ocasión para intentar reducirle...

ESCENA IV.

EL CONDE, EL CURA, EL MÉDICO, VENANCIO, GREGORIA.

EL CONDE.—Las despido, porque no quiero que estos ángeles inocentes se aflijan oyendo mis lamentaciones. Sí, sí. (A Venancio y Gregoria con severa dignidad.) Duro es el pan de vuestra casa... tan dur ¡ay! como vuestros corazones.

VENANC.—Al pedirnos asilo, debió considerar Vuecencia...

EL CONDE.—Considero, sí, que no tenéis ni un destello de generosidad en vuestras almas, ennegrecidas por la codicia; no sois cristianos, no sois nobles, que también los de origen humilde saben serlo; no sois delicados, porque en vez de dar un consuelo á mi grandeza caída, la pisoteáis; vosotros, que en el calor, en el abrigo de mi casa pasasteis de animales á personas. Sois ricos; pero no sabéis serlo. Yo sabré ser pobre, y puesto que con vuestras groserías me arrojáis, al fin me iré de esta casa, en la cual no hay piedra que no llore las desgracias de Albrit.

EL CURA.—¡Oh, no...!

MÉDICO.—¿Y qué importa, si disponemos para el ilustre prócer más digno alojamiento?

VENANC.—No olvide el señor Conde que la Pardina es... mi propiedad.

EL CONDE.—(Con cierta socarronería de buen tono.) Tuya, sí: no necesitas recordármelo. Tendrás el gusto de verme salir. Pero ello no ha de ser hasta que yo encuentre la verdad que busco.

VENANC.—(Con vivo interés, del que participan todos los presentes.) ¿Busca Vuecencia en la Pardina una verdad?

EL CONDE.—Sí: una verdad que á ti no te importa.

VENANC.—¿Y no podría el señor Conde buscarla en otra parte?

EL CONDE.—No, porque la verdad se ha escondido en la casa de la ingratitud, y en este escondrijo tengo que perseguirla.

VENANC.—Buen cazador es el león de Albrit; pero este coto está vedado.

EL CONDE.—¿Quién lo veda?

VENANC.—Primero, la señora Condesa de Laín, tutora legal de sus hijas, que son propietarias del terreno que cultivamos; después... yo, dueño de esta casa.

EL CONDE.—(Severo.) ¿Qué quieres decir?

VENANC.—Vuecencia me entiende, y no digo más.

EL CURA.—(Aparte á Venancio.) ¡Por Dios, prudencia!

EL CONDE.—(Airado, levantándose.) Cállate. No está bien que pongas tu palabra descortés en el oído de tu señor.

VENANC.—Yo no tengo señor.

MÉDICO.—(Aparte á Venancio, conteniéndole.) ¡Cuidado!

VENANC.—Hablo á mi huésped... y he de advertirle, sin malas palabras, sin rencor, con el mayor respeto...

EL CONDE.—¿Qué...?

VENANC.—Que los señores presentes, sus buenos amigos, y este humilde criado, nos proponemos llevar á Vuecencia...

El Conde.—¿Adónde?

Venanc.—A un alojamiento más cómodo que la Pardina.

El Conde.—(Colérico.) ¡Ah! ya os entiendo. El corazón me anunciaba esta vileza. ¿Queréis encerrarme en un asilo, tal vez en una casa de orates?...

El Cura.—(Conciliador.) Señor Conde, no se acalore, y óiganos...

Médico.—(Conciliador.) Tenga calma...

El Conde.—¡La prisión, el aislamiento!... ¿Y para qué? Para que no descubra la verdad ignominiosa... el deshonor... No se atreven á decapitarme, y me encierran, me sepultan en vida...

Médico.—(Intentando aplacarle.) No es eso... Tratamos, señor Conde, de asegurarle el descanso físico y moral.

El Conde.—¡Y para ello atentáis á mi libertad!

Venanc.—(Con cierta altanería grosera.) Yo digo... ¿para qué quiere Vuecencia la libertad?... á sus años, enfermo...

El Conde.—¿Que para qué quiero mi libertad? ¿Por ventura pretendes tú privarme de ella?

Venanc.—(Sin atreverse á responder afirmativamente, dando un paso hacia el Conde.) Yo...

El Conde.—(Con autoridad severísima, conteniéndole con un gesto.) ¡Atrás, lacayo!... Y vosotros, cómplices de esta villanía, respetad al anciano, respetad al prócer; no atéis estas manos que os sacaron de la miseria. (Amenazándoles.) Mirad que aún son fuertes... (Con voz entera y vigoroso acento.) Al que se atreva á poner la mano en el *León de Albrit,* al que manche estas canas, al que toque estos huesos, le tiendo á mis pies, le despedazo... (Por el Cura, que, colocado cerca de la puerta, le intercepta la salida.) ¡Paso! (Por Venancio, que al otro lado párase también, como si quisiera cortarle la retirada.) ¡Paso! (Mudos y aterrados se apartan Venancio y el Cura. Sale el Conde con firme paso por el foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La decoración de los actos segundo y tercero.

ESCENA PRIMERA

El Cura, el Médico, sentados, conferenciando, acabando de fumar cigarrillos; Venancio, en la puerta del foro, mirando al interior; después, Gregoria.

Médico.—Sí, estamos conformes.

El Cura.—Nada de violencia. Ya viste cómo se puso, sólo porque le indicamos... (A Venancio.) Di, tú: ¿continúa en su cuarto?

Venanc.—(Viendo venir á Gregoria.) Gregoria nos lo dirá.

Gregor.—(Por el foro.) En su habitación está. Allí fué á parar del empuje que le dió su furia.

Médico.—En la soledad se habrá calmado.

El Cura.—Pues ya lleva media hora de soledad. (Impaciente, se levanta.) ¡Cómo se va el tiempo!... Y nosotros aquí sin resolver nada. (Entra Senén por el foro: trae un saco en la mano.)

ESCENA II

Los mismos.—Senén.

Senén.—Ya estamos de vuelta. (Deja el saco en una silla.)

El Cura.—Senén de todos los demonios, á tiempo llegas.

Venanc.—¿Vienes de Veralba?

Gregor.—¿Qué noticias...?

Senén.—Buenas y gordas.

El Cura.—¿A ver, á ver...?

Médico.—¿Vuelve la Condesa?

Senén.—Mañana. Hay novedades. Sepan que el Reverendo Prior de Zaratay...

El Cura.—(Vivamente.) Sí, ya sabemos... se propone catequizar á la Condesa y traerla al buen camino... Sigue.

SENÉN.—*Ainda mais.* El santo varón consiente en admitir en su Monasterio al Conde de Albrit... Para él están arreglando una celda espléndida.

EL CURA.—Donde vivirá como Carlos V en Yuste.

MÉDICO.—Muy bien. De modo que ya tenemos jaula.

EL CURA.—Jaula dorada, como corresponde á tan noble figura.

VENANC.—¿Y qué más?

SENÉN.—¿Te parece poco? Tu ama, la Condesa de Laín, arrancada de las uñas de Lucifer por el santo Prior... Dos horitas duró la encerrona de ayer en la capilla, y la de esta mañana poco menos.

EL CURA.—(Con misterio.) Mis noticias son que la causa determinante de lo que llamáis conversión fué una furibunda reyerta con... (Por Senén.) Que lo diga éste.

SENÉN.—Con el Marqués de Pescara.

GREGOR.—¿Y crees que después de eso tu ama seguirá protegiéndote?

SENÉN.—Seguirá... por la cuenta que le tiene.

VENANC.—Falta le hacía la ruptura con el Marqués...

GREGOR.—Aunque no sea más que para dar á sus hijas buenos ejemplos.

SENÉN.—(Recordando.) Y á propósito: la señora se lleva á las niñas...

GREGOR.—¿Pero es de veras...?

SENÉN.—Y sé más...

EL CURA.—Todo eso nos importa poco por el momento. Vamos á nuestro asunto.

MÉDICO.—Vamos. Puesto que la Comunidad de Zaratay consiente en recibir al señor Conde, prevengamos al Alcalde.

EL CURA.—Y concertemos con él la manera más suave de conducir á su retiro al pobre anciano.

MÉDICO.—No nos descuidemos.

EL CURA.—En marcha... (Despidiéndose.) Adiós.

SENÉN.—Hasta luego, señores... (Vanse el Cura y el Médico por el fondo.)

ESCENA III

SENÉN, VENANCIO, GREGORIA.

GREGOR.—(Cogiendo la maletita que Senén ha dejado en una silla.) Te alojaremos, Senén.

SENÉN.—Por un par de días no más.

VENANC.—Por lo que quieras.

GREGOR.—¿Es éste el equipaje que llevas siempre contigo?

SENÉN.—Sí... Y me atrevo á suplicar á mi simpática patrona que en el cuidado de esta maleta ponga sus cinco sentidos.

GREGOR.—¿Qué demonios traes aquí? ¡Cómo pesa!

SENÉN.—Es mi relicario.

GREGOR.—¡Pillo!

SENÉN.—Usted, Gregorita, me responde de este tesoro...

GREGOR.—Estate tranquilo. A tu cuarto lo subo. (Vase por el foro. Aparece Nell por la derecha.)

ESCENA IV

SENÉN, VENANCIO.—NELL.

VENANC.—Aquí está Nell. (Adelantándose á ella.) ¿No se arreglan ya las señoritas?

NELL.—(Displicente.) Dolly no quiere ir... Se ha metido en la cocina... ¿Y cómo me visto yo, si ella tiene las llaves del ropero y no quiere dármelas?

VENANC.—Pues no sobra tiempo.

NELL.—(Dando vueltas por la estancia.) ¡Jesús, qué fastidio!

SENÉN.—(Aparte á Venancio.) Déjame un instante solo con ella.

VENANC.—¿Hay secretitos?... Bueno... ahí te quedas. (Vase por el fondo.)

ESCENA V

SENÉN, NELL.

SENÉN.—¿Cómo es esto? ¿Sabe la señorita qne vengo de Veralba, y no me pide noticias de su mamá?

NELL.—¡Oh! sí... ¿Cuándo viene?

SENÉN.—Mañana.

NELL.—(Gozosa.) ¿De veras?

SENÉN.—Y es seguro que al regresar á Madrid la señora... se llevará á sus niñas...

NELL.—(Batiendo palmas.) ¡Qué alegría!

SENÉN.—Para presentarlas en sociedad.

NELL.—Tú me engañas, Senén maldito... Pues si eso fuera verdad, y acertaras... vamos, yo te regalaría muy pronto un alfiler de corbata mejor que ese que llevas.

SENÉN.—(Radiante de vanidad.) Si la señorita me promete guardar secreto,

le diré... Pero ha de asegurarme que esto quedará entre los dos... ¿Palabra?

NELL.—Palabra... y el alfiler, si resulta que no me engañas... (Senén remusga, haciéndose de rogar.) Habla pronto.

SENÉN.—Pues... con la mayor reserva.

NELL.—¡Ay, qué posma!...

SENÉN.—Se ha determinado... casar á la señorita.

NELL.—(Sorprendida, ruborosa.) ¿A mí?

SENÉN.—A usted... con el primogénito de los Duques de Utrech... Ya sabe: Paquito Utrech, Marqués de Breda... lleva ese título desde hace seis meses... ¡Vaya un partido!... El novio es rico, es guapo, es elegante...

NELL.—(Afectando incredulidad, conteniendo la risa, para que el contento no le salga la rostro.) ¡Vaya unos embustes que te traes! ¡Quita allá!... ¿Crees que soy tonta?

SENÉN.—(Con enfática reverencia.) Saludo á mi señora, la excelentísima señora Marquesa de Breda.

NELL.—¡Tonto! (Deseando más confidencias.) Pero dime... (Óyese la voz del Conde que dentro llama á Nell y Dolly.)

SENÉN.—Oigo el resoplido de Albrit. No quiero que me vea.

NELL.—Sal por aquí. (Haciéndole salir por la derecha.)

ESCENA VI

NELL; EL CONDE, por el fondo.

EL CONDE.—Nell... ¿Pero dónde os metéis? Os busco, os llamo... ¿Y Dolly?

NELL.—(Displicente.) Ni se viste ni me deja vestirme.

EL CONDE.—¿Dónde está?

NELL.—En la cocina la tienes haciendo guisotes. ¿No te parece una tontería? Ya le advertí á Gregoria que se esmere en tus comidas.

EL CONDE.—¿Pero no sabes? Al subir á mi cuarto, me ha sorprendido encontrar en él una transformación portentosa. Han vuelto á poner el lavabo que me quitaron ayer; la alfombra, las cortinas... (Con entusiasmo.) Tú, tú, divina hija de Albrit, has realizado este prodigio. ¡Bendita seas!

NELL.—(Sorprendida y desconcertada.) No merezco en esta ocasión tus bendiciones. Todo es obra de Dolly, que hoy juega á las comiditas y al gobierno de la casa.

EL CONDE.—Pues á la sorpresa que te cuento, siguió otra...

NELL.—¿Más?

EL CONDE.—Parecióme cuento de hadas. El criadito que fué mi camarero, se presenta de pronto con un café riquísimo en servicio de porcelana fina...

NELL.—Es ella, es Dolly.

EL CONDE.—¡Ella!

NELL.—No te creas... Dolly es muy dispuesta: sabe guisar, hacer muchas cosas... Y tiene una voluntad terca y caprichuda, que ya la quisieran más de cuatro... ¡Pobre Dolly! Cree que estás enfadado con ella, y desea volver á tu gracia.

EL CONDE.—¡Enfadado yo!... Dile que venga, que venga al momento.

NELL.—(Llamando por el foro derecha.) Dolly... Eh, Venancio... di á Dolly que venga... Allí sale... Dolly, ven. El abuelito te llama. (Respondiendo á lo que Dolly le dice de dentro.) Dice que no está enfadado... Puedes venir. (Al Conde.) Ya viene.

ESCENA VII

EL CONDE, NELL; DOLLY, con mandil de arpillera largo, arremangados los brazos.

DOLLY.—Abuelo, con esta facha no quería presentarme á ti.

EL CONDE.—Tu hermanita se pondrá esta tarde muy maja. Y tú, ¿no te vistes?

DOLLY.—¿Me lo mandas tú?

EL CONDE.—No, yo no te lo mando. Haz lo que quieras.

DOLLY.—Pues si me lo permites, en casa me quedo. (A Nell.) ¿Y tú?

NELL.—Ya sabes... ¿Me das ó no la llave del ropero grande?

DOLLY.—(Como transigiendo.) Bueno. (Metiendo la mano en un hondo bolsillo que lleva bajo el delantal, saca la llave y se la da.) Toma.

NELL.—En un soplo me visto. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII

EL CONDE, DOLLY.

EL CONDE.—Ven acá... (Palpándola.) Delantalito de cocina... ¡Qué elegante estás! (La besa.) No estoy enfadado contigo. Si algo te dije que pueda ofenderte, perdóname.

DOLLY.—¡Perdonarte yo... á ti! Tú sí que debes perdonarnos á todos lo mal que te tratamos.

El Conde.—No estoy tan dejado de la mano de Dios como creía (Reteniéndola.) No te alejes... Dame tus manos, esas manos de ángel.

Dolly.—¿Y qué te parece la transformación de tu alcoba? Ayudada por Pacorrita, en un momento te arreglé tu leonera...

El Conde.—¡Qué maravilla! Dime, ¿y has acabado ya tus guisotes?

Dolly.—Todavía no. Si Gregoria me deja, te haré para esta noche una cosa muy rica, que á ti te gusta mucho.

El Conde.—Brava niña... mi serafín doméstico.

Dolly.—Pero tú no me quieres.

El Conde.—(Confuso.) Sí te quiero. Es que...

Dolly.—No vayas á creer que hago yo estas cosas porque me quieras. Pégame y me verás lo mismo. Hago esto porque es mi deber, porque soy tu nieta, y no puedo ver con calma que á un caballero como tú, poderoso en otro tiempo y dueño de toda esta comarca, le desatiendan gentes groseras, que no valen el polvo que llevas en las suelas de tus zapatos.

El Conde.—(Con viva emoción.) Deja que te bese una y mil veces, criatura... ¿Con que tú... piensas... dices...?

Dolly.—Y sé hacer lo que digo... Esta noche, después de cenar, empezaré á arreglarte tu ropa... que la tienes bien destrozadita... Esa pánfila de Gregoria no da una puntada en ella.

El Conde.—(Cruza las manos y extático la contempla, tratando de estimular la visión de sus ojos enfermos.) ¡Y lo haces por mí, por mí!

Dolly.—Sabiendo que me quieres menos que á Nell... Reconozco que Nell merece tu cariño más que yo... Es más fina... y además tan buena...

El Conde.—(Algo turbado.) Pero á ti te quiero también. Es que... No sé cómo decirlo. (En gran confusión.) Oye... he creído notar en tu hermana cierto egoísmo, cierta sequedad del alma... No: Nell no puede ser... (Acercando su rostro al de Dolly para mirarla.) ¡Si fueras tú...!

Dolly.—(Confusa, suspensa.) ¿Yo... qué?

El Conde.—¡Que fueras tú!... (Con intensa emoción.) ¡Tú...!

Dolly.—(Sin entender.) Abuelito, ¿qué dices, qué piensas?

El Conde.—(Desesperado, se arroja en el sillón.) No pienso, forcejeo en medio de este oleaje de duda. (Con ternura.) Dolly, ¿dónde estás? Ven á mí, abrázame. Si fueras tú... (En terrible confusión.) No sé, no sé... Dios, la Providencia, me dirá la verdad. (Entra Senén por la derecha.) ¿Quién es?

Dolly.—No es la Providencia, abuelito; es Senén.

ESCENA IX

El Conde, Dolly.—Senén.

Senén.—Señor... Senén Corchado.

El Conde.—Acércate...

Senén.—Sé que Vuecencia, al enterarse de mi regreso, ha manifestado deseos de hablarme.

El Conde.—(Vivamente.) Sí, sí; te he mandado llamar. (A Dolly.) Hija de mi alma, vuelve á tu cocinita... Que trabajes mucho... Cenaremos muy bien esta noche.

Dolly.—Eso quiero... Hasta después. (Le besa y se va corriendo.)

ESCENA X

El Conde, Senén.

El Conde.—Acércate más... Tengo que hablarte.

Senén.—(Acercándose.) Estoy á las órdenes de Vuecencia.

El Conde.—(Receloso.) ¿Nos oye alguien? (Senén examina las puertas y las cierra.) Estos miserables se ponen en acecho detrás de las puertas, oyendo lo que se habla.

Sénén.—Nadie nos oye.

El Conde.—(Se levanta; va hacia Senén.) Dudo que seas bastante afecto á mi persona para responder á todo lo que te pregunte.

Senén.—A todo responderé... siempre que el señor Conde no me pida... cosa contraria á mi dignidad.

El Conde.—¡Tu dignidad!

Senén.—Señor Conde, aunque humilde, yo...

El Conde.—Dispénsame: ya no te hago las preguntas... porque... si ahora salimos con que hay dignidad...

Senén.—Si el señor Conde espera de mí que le franquee algún secreto de su hija política...

El Conde.—(Vivamente, interrumpiéndole.) No es eso. Dejemos á Lucrecia; respetemos el falso pudor con que vela sus infamias... Quiero tan sólo informaciones exactas acerca de un hombre...

Senén.—Ya...

El Conde.—Intimamente relacionado en cierta época...

Senén.—Comprendido.

El Conde.—El pintor Carlos Eraul. Tú estuviste á su servicio una temporada, al dejar el de mi hijo; tú... (Con vehemencia.) Senén, por lo que más quieras, por la memoria de tu madre, revélame...

Senén.—(Con pujos de delicadeza.) Señor don Rodrigo, por todos los gloriosos antepasados de Vuecencia, le ruego que nada me pregunte...

El Conde.—(Con intenso afán.) Dame al menos alguna luz... fechas... datos personales... Sin ofender á nadie, sin faltar á los respetos que debes á tu ama, puedes decirme... ¿Era, en efecto, un hombre frívolo, presuntuoso...?

Senén.—(Secamente.) Algo... sí...

El Conde.—Hijo de un pobre vaquero de la ganadería de Eraul, en Navarra. (Senén responde afirmativamente con la cabeza.) Su genio pictórico le abrió camino... Fuera de la educación artística que se debió á sí propio y al estudio del natural, era un ignorante, un bruto... (Senén permanece mudo, rígido, haciéndose el impenetrable.) Ni alto ni bajo, moreno, de ojos negros... vigoroso... voluntad potente. (Irritado del silencio de Senén.) Responde... Le conoció Lucrecia en una de esas rifas llamadas *kermeses*... Tú servías á Eraul cuando murió... (Senén afirma con la cabeza.) El día de su muerte, los amigos arrebataron bocetos, dibujos... (Senén se pone sombrío.) Arrebataron también cartas de Lucrecia... retratos... objetos, regalos con expresivas dedicatorias... (Con más hipocresía que sinceridad, Senén finge escandalizarse... deniega.) No lo niegues... Y tú, tú, guardaste también... Lo sé... di la verdad: tú... posees... Dime... (Senén se encierra en un sombrío mutismo. El Conde, irritado, le coge por las solapas, le sacude.) ¿Por qué callas, bergante?

Senén.—Señor...

El Conde.—Responde, miserable.

Senén.—(Con falsa dignidad.) Vuecencia no me conoce...

El Conde.—(Sacudiéndole con más fuerza.) Te conozco, sí. Tu discreción no es virtud: es cobardía, servilismo, complicidad... No eres el hombre digno que calla la culpa ajena: eres el esclavo, obediente á las promesas ó al látigo del amo que le compró. (Le da un fuerte empujón. Retrocede Senén algunos pasos, vacilando.) Maldígate Dios, villano. ¡Que la luz que me niegas á ti te falte! Que enmudezca tu voz para siempre, que cieguen tus ojos! ¡Que vivas sin poseer la verdad, rodeado de tinieblas, en eterna y terrible duda, dentro de un vacío tan grande como tu imbecilidad! (Con desprecio y repugnancia.) Vete, vete de mi presencia.

SENÉN.—(A distancia, retirándose de espaldas hacia el fondo.) ¡Demonio! saca las uñas el león... Me pongo en salvo. (Al salir se encuentra con don Pío, que entra tímidamente. Aparte le dice:) Cuidado, amigo... Está con la calentura... (Sale por el fondo.)

ESCENA IX

EL CONDE, DON PÍO.

D. PÍO.—(Avanza medroso, trémulo.) Señor... (El Conde no le ve ni le oye.) Excelentísimo señor...

EL CONDE.—(Bruscamente, dando una fuerte voz.) ¡Eh!

D. PÍO.—(Retrocede asustado.) Señor... Vuecencia... me mandó que... que volviese esta tarde... á... á repasar la Historia.

D. PÍO.—¡Ah!, sí... (Con benevolencia triste.) Perdóname, buen Coronado, el sér más inocente y más inofensivo de la Creación... (Se sienta.) Ven; llégate á mí. Mi alma necesita consuelo, expansión, alegría... Quiero olvidar, quiero reir... Diviérteme, Coronado. (Siéntese atacado de un humorismo melancólico, cuyas inflexiones é intensidad exigen la más alta inspiración y estudio del artista que interprete el carácter del Conde.)

D. PÍO.—¿No están las señoritas?

EL CONDE.—Déjalas... ¿Qué falta nos hacen las señoritas? Pasemos la Historia nosotros.

D. PÍO.—¿Nosotros?

EL CONDE.—Estudiaremos la Historia viva... que es la que ríe... La muerta... casi siempre llora.

D. PÍO.—No entiendo...

EL CONDE.—Cada ser vivo es un héroe de los libros futuros de la Historia.

D. PÍO.—¡Ah! Sí, señor... todos somos...

EL CONDE.—Héroes de la Historia continua y eterna. ¡Malditos sean los que ocultan la verdad!... ¡Benditos los que, como tú, llevan el corazón descubierto, el alma desnuda!...

D. PÍO.—(Con efusión.) Nunca hice mal á nadie, señor. Mi papel en la comedia del mundo es... sufrir, sufrir siempre.

EL CONDE.—Dícenme que eres el ser más infeliz que Dios ha puesto en el mundo. Él sabrá por qué.

D. Pío.—Él lo sabrá. Lo que yo sé es que no me puso para simiente.

El Conde.—¡Ah! no sabemos. La simiente de la bondad es invisible y fructifica donde menos se piensa... ¡Pobre Coronado! La gente se ríe hablando de tu bondad.

D. Pío.—Yo también... porque soy tan bueno, tan bueno, que he llegado á despreciarme á mí mismo... y á reirme... (Ambos ríen mirándose.)

El Conde.—Y tuya es una frase, que se ha hecho proverbial en Jerusa: «¡Qué malo es ser bueno!»

D. Pío.—Señor, mía es la frase. La pronuncio cien veces al día.

El Conde.—Siéntate á mi lado. (Don Pío acerca una silla y se sienta.) Dime, Pío... ¿al fin se murió tu mujer?

D. Pío.—(Tocando las castañuelas.) Al fin, sí, señor. Dos años hace que el Infierno la reclamó, la quiso para sí.

El Conde.—¡Cuánto habrás padecido, pobre Coronado! De veras te digo que no hay en la sociedad vicio más desorganizador, ni de peores consecuencias, que la infidelidad conyugal.

D. Pío.—Es verdad, señor.

El Conde.—Pues bien: aquí donde me ves, yo estoy en el mundo para combatir y anular las usurpaciones de estado civil, traídas por el desacuerdo entre la ley y la naturaleza.

D. Pío.—(Embobado.) Ya... ¿Y qué hace el señor para...?

El Conde.—Por de pronto, descubrir la usurpación, sacarla á la vergüenza pública. ¿Te parece poco? (Don Pío, ensimismado, no dice nada.) Pero no hablemos ahora de mis cuitas, sino de las tuyas. Tu mujer, según creo, te dejó un mediano surtido de hijas...

D. Pío.—Llámelas Vuecencia demonios ó furias infernales...

El Conde.—Permíteme que te hable con una franqueza que resulta tan extremada como tu bondad. Tus hijas... no son tus hijas...

D. Pío.—(Mirando al suelo.) Por duro que sea declararlo, señor... Ello es tal como Vuecencia lo dice...

El Conde.—Y si de ello estás seguro, ¿cómo las tienes contigo?

D. Pío.—(Suspirando, mirando al Conde.) Por ley de la costumbre, que es la gran encubridora de las perrerías que hace la bondad... Desde que nacieron las tengo á mi lado... Me quito el pan de la boca para dárselo á ellas... Las he visto crecer, crecer... Lo peor es que de niñas me querían, y yo... ¿para qué negarlo?... las he querido, casi las quiero, no lo puedo remediar. (Albrit ríe.) No tengo vergüenza. ¿Verdad, señor Conde?

El Conde.—Eres un ángel, el ángel del... de la... no sé de qué...

Tus declaraciones dan á mi alma un regocijo inexplicable... Dispénsame, hijo, si me río al compadecerte.

D. Pío.—Déjeme que siga contándole para que acabe de despreciarme...

El Conde.—Sigue. Desdichas de ese calibre hacen reir á un esqueleto.

D. Pío.—Mi mujer, que de Satanás goce, me dominaba, me hacía temblar con sólo mirarme. Yo... quizás habría tenido valor delante de una docena de tigres: delante de aquel monstruo, nunca lo tuve... Tan grande como mi paciencia era su liviandad... Me traía los hijos... nacían en casa... ¿Qué había yo de hacer con las pobres criaturas, ni qué culpa tenían ellas? ¡No era cosa de tirarlas á la calle!... Crecían, eran graciosas, se dejaban querer...

El Conde.—(Con gravedad triste.) Calla, calla ya... No hables más de tus hijas... ¡Cómo se enlazan la historia bufonesca y la historia grave! La tragedia y el sainete son más amigos de lo que parece; amigos, sí, como tú y yo.

D. Pío.—(Suspirando.) Desgraciados somos ambos, señor Conde... ¡pero qué diferencia! Sus nietas le adoran, le dan mil consuelos...

El Conde.—(Nervioso.) Háblame de ellas, sí; pues en mi mente no hay cabida más que para una idea. El Universo se llama Nell y Dolly.

D. Pío.—Bendígalas Dios.

El Conde.—¿Las quieres tú?

D. Pío.—Como si fueran mías... Digo, no: no merezco yo ese honor. Las amo porque son mis discípulas, y veo sus almas inocentes como ahora estoy viendo á Vuecencia.

El Conde.—(Con interés.) Tú que tan bien las conoces, dime: ¿cuál de las dos te parece más noble, más moralmente bella, más digna de ser amada?

D. Pío.—(Meditabundo.) No es tan fácil determinar...

El Conde.—Figúrate que una ley ineludible te obliga á tomar una y á sacrificar la otra. (Don Pío se muestra sorprendido y confuso.) Hazte cuenta de que no puedes eludir el dilema terrible.

D. Pío.—(Rascándose el cráneo.) ¡Vaya un compromiso!... Tengo que escoger una... una... (Decidiéndose tras larga vacilación.) Pues... con todas sus travesurillas, con toda su inquietud diablesca, y si se quiere desvergonzada, la preferida es Dolly.

El Conde.—¿Y en qué fundas tu preferencia?

D. Pío.—(Lleno de confusiones.) No sé... Hay algo en esa niña que me pa-

rece superior á cuanto vemos en el mundo. O mucho me equivoco, señor Conde, ó la engendraron los ángeles...

EL CONDE.—Sin duda, tu juicio se funda en observaciones...

D. PÍO.—(Con inocencia angelical.) Sí, señor... así es... Cuando estuvo aquí toda la familia, dos años ha, observé en el señor Conde de Laín la misma preferencia...

EL CONDE.—(Gozoso, animadísimo.) Pío, gran Pío, abrázame. La concordancia de tus ideas con las mías, me llena de júbilo. (Le abraza.)

ESCENA XII

EL CONDE, DON PÍO, DOLLY; después, NELL.

DOLLY.—(Presurosa por el fondo.) Abuelito, ahí vienen el Cura, el Alcalde, qué sé yo cuánta gente...

EL CONDE.—(Alarmado, se levanta.) ¿Qué buscan, qué me quieren...?

NELL.—(Por la derecha, con vestido elegante y sombrero. Dirígese al Conde en tono un tanto ceremonioso.) Albrit, ¿qué ocurre?... ¿Qué le pasa al primer caballero de España, mi ilustre abuelo?

EL CONDE.—(Sorprendido del lenguaje de Nell.) Chiquilla, te desconozco. Adelantas prodigiosamente en la ciencia del mundo. (Aparecen por el fondo los personajes que se indican. Cautelosos se agrupan contemplando de lejos al Conde. Este enlaza á Dolly por el talle; la besa.)

D. PÍO.—(A Dolly.) ¿Y la señorita Dolly, no se viste? También estaría muy mona...

NELL.—(Al Conde.) Mándale á Dolly que se vista... No me gusta ir sola.

EL CONDE.—(Inquieto, reparando en los que han entrado.) ¿Quién es?... ¿Qué buscan?

ESCENA XIII

EL CONDE, NELL, DOLLY.—EL CURA, EL MÉDICO, EL ALCALDE, VENANCIO, GREGORIA; DON PÍO, que permanece apartado.

ALCALDE.—(Adelantándose.) Señor Conde, mi objeto al venir á la Pardina no es otro que recoger á las señoritas, á quienes he tenido el honor de invitar para mi fiesta de esta tarde. Aprovecho esta ocasión para decir al señor Conde que, al designarle por morada el Monasterio de Zaratay, hemos creído y creemos aposentarle dignamente.

El Conde.—(Sereno.) No es de usted la idea de encerrarme allí... (Al Cura.) Ni tuya, Carmelo.

El Cura.—(Vacilante.) La idea no es mía... No puedo alabarme de ello.

Alcalde.—Ni mía. Pero yo hablé con el Prior; hemos concertado el hospedaje de Vuecencia por sus días... y he dispuesto lo concerniente á traslación, coche, *etcétera*.

El Conde.—Me falta saber una cosa. ¿Tratáis de llevarme por fuerza?

Médico.—¡Oh, eso nunca!

Todos.—No, no.

El Cura.—(Conciliador, aproximándose.) El señor Conde será razonable, y se hará cargo del bien que le ofrecemos...

Médico.—Decídase...

El Conde.—Decido... que vivo no me llevaréis nunca... ni muerto tampoco, porque en mi testamento dispongo que se me dé sepultura en Polan.

Alcalde.—Señor Conde, sométase á lo que disponen sus amigos...

El Conde.—(Despreciativo.) Y tú... ¿quién eres?

Alcalde.—(Mostrando el bastón.) Soy un hombre que sabe su obligación.

El Conde.—Ahora te conozco. (Por el Cura y el Médico.) Y á éstos también. No necesito veros, Carmelo, Angulo... El aliento de la ingratitud me da en la cara.

Alcalde.—(Enfático, impaciente, cogiendo á Dolly por el brazo.) Señorita, haga usted entender á su abuelo que soy el Alcalde de Jerusa.

Dolly.—(Desprendiéndose del brazo del Conde, estalla en ira.) Pues al Alcalde de Jerusa, y al Cura de Jerusa, y á todos los Alcaldes y á todos los Curas habidos y por haber en el mundo, les digo yo que es una iniquidad lo que quieren hacer con mi abuelo.

Nell.—Sí, sí.

El Cura.—¡Señorita Dolly...!

Dolly.—Han faltado al respeto que merece el noble desvalido, el anciano, el padre de estos pueblos. ¿Por qué queréis privarle de libertad? No padece más locura que el cariño que nos tiene... y si los que se han criado á su sombra le menosprecian ó le ultrajan, aquí estamos nosotras, sus nietas, para enseñar á todo el mundo la veneración que se le debe.

El Conde.—(Se ha levantado al oir á Dolly. Eleva las manos al cielo.) Señor, Señor, ella es... (Vuélvese á don Pío, que está detrás del sillón.) Es la mía... Su fiereza la descubre...

El Cura.—(Aparentando transigir.) Bueno, bueno... Puesto que no acepta por ahora el honroso y pacífico retiro que se le ofrece, le llevaremos á mi casa...

ALCALDE.—O á la mía.

DOLLY.—¡A su casa!

EL CURA.—Dígolo porque de las desavenencias de estos días resulta cierta incompatibilidad entre el señor Conde y Venancio.

NELL.—¿Incompatibilidad? Estamos en nuestra casa.

VENANC.—(Adelantándose, seguido de Gregoria.) Perdone la señorita... Las se ñoritas, lo mismo que el señor Conde, están en mi casa.

NELL.—(Acobardada.) Es verdad; pero...

DOLLY.—¿Qué dices?

VENANC.—Digo que... por esta noche le alojaremos y le serviremos.

DOLLY.—(Con gallarda fiereza.) ¿Cómo se entiende? ¡Por esta noche! Po ésta y por todas las noches del mundo, mientras Nell y yo es temos aquí. La casa es tuya, cierto... pero somos tus amas... n hermana y yo, nosotras...

NELL.—Somos tus amas.

DOLLY.—¿Lo entiendes bien? A excepción de esta huerta, las tierra que cultivas y que tienes en arrendamiento casi de balde ó e administración, nuestras son, nuestras. Somos las herederas d la casa de Laín, y tú, Venancio, tú, Gregoria, servís á mi abuelo no por caridad, que caridad está visto que no tenéis, sino poi que yo os lo mando, ¿lo entendéis bien? porque yo os lo mando (Repite el concepto con firme autoridad.)

VENANC.—Quien manda es...

GREGOR.—La señora Condesa...

DOLLY.—(Arrogante.) ¡Silencio! A disponer la comida. (A Gregoria.) Tú, á l cocina... de cabeza. El Conde de Albrit vive con sus nietas... N nos tenéis de limosna... ¡Comerá con nosotras... aquí! (Da un fuer te golpe en la mesa.) en esta mesa... Dormirá en su aposento, qu para eso se lo arreglé yo misma... Y si no queréis ir á la cocina iré yo. Y si habéis descompuesto la alcoba, irá Nell á arreglar la... ¡Pronto, vivo! (A Venancio y Gregoria.) A poner la mesa... Señ res, se les convida.

ALCALDE.—(Con desvío.) Gracias.

EL CURA.—¡Vaya un geniecito!

DOLLY.—Nieta soy de mi abuelo.

EL CONDE.—(Con inmensa ternura, abrazándola.) Sí, sí... ¡Sangre mía, corazó de Albrit!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Plazoleta frente á una iglesia de Jerusa, de estilo románico. En el fondo, la puerta de la iglesia; á la derecha, en un ángulo de la construcción, puerta más pequeña qne conduce á la sacristía.—Por la izquierda, paso á dos calles; por la derecha, salida al campo. En el centro, una cruz de piedra, con asiento practicable en su base. Faroles á la entrada de las calles. Es de noche. Luz de luna.

ESCENA PRIMERA

SENÉN, que viene de la calle; VENANCIO, que sale de la iglesia.

VENANC.—¿Le has encontrado?

SENÉN.—No. Recorridas todas las calles del pueblo, y todas las travesías y escondrijos, no he tenido el honor de tropezarme con el Conde.

VENANC.—Puedo afirmar que no está en ninguna de las iglesias, ermitas ni santuarios de Jerusa.

SENÉN.—¿A qué hora le perdiste de vista?

VENANC.—Las ocho serían cuando salió de casa, tan irritado y descompuesto, que tememos...

SENÉN.—¿Que atente contra su vida? No lo creas. El pobre viejo anda en busca de una verdad, y ha de vivir, como tú y yo, hasta que la encuentre.

VENANC.—¿Y esa verdad, Senén...?

SENÉN.—(Malicioso, mostrando el puño cerrado.) Personas hay que tienen cogida la verdad... y con sólo abrir la mano... (La abre.)

VENANC.—¡Ah, gran tuno! Tú sabes y callas. Descansemos aquí. Claréate con tu amigo Venancio.

SENÉN.—Ha llegado la hora del egoísmo, de mirar cada uno por sí.

VENANC.—Hablemos de nuestra insigne tarasca, la Condesa de Laín, á quien tienes ahí (En la iglesia), con su hija Nell, comiéndose los santos.

SENÉN.—La tragedia con Pescara tenía que parar en comedia de santurronería.

VENANC.—¿Sabes lo que hacen estas tales en el confesonario? Vacían de pecados viejos la conciencia, para tener huecos en que acomodar los nuevos pecados.

SENÉN.—(Indignado, amenazando hacia la iglesia.) ¡Ah, serpiente, dragón infernal!

VENANC.—Dime, hijo, ¿acaso esa feróstica te ha retirado su protección?

SENÉN.—(Volviendo al banco, pero sin sentarse.) A poquito de confesarse, pude conseguir que me recibiera en audiencia... Pues, hijo, subí á su estancia, y, apenas le dije mi pretensión, se disparó en denuestos contra mi humilde persona. ¡Tratarme á mí de ese modo!... ¡á mí, que supe guardarle los secretos y he cuidado de su honor como del mío propio!... Déjate estar, Condesa de Laín: tú me la pagas, vaya si me la pagas.

VENANC.—Bien, bien: duro en ella. Y ahora, para tu gobierno, te diré que esta mañana, en cuanto se apeó del coche, dispuso la Condesa que le lleváramos sus niñas. Dolly no quiso ir. A poco llegó el Alcalde con dos guardias civiles, y requirió á la señorita y la condujo poco menos que atada... ¡Qué paso! La chiquilla, que es muy leona, puso el grito en el cielo... Oyóla el Conde desde su cuarto; pero tanta prisa se dieron á sacarla, que el buen señor no tuvo tiempo más que para rugir inútilmente, clamando al cielo y al infierno.

SENÉN.—¡Desdichado señor! Te aseguro que desde hoy me paso á su partido. (Don Pío entra por la izquierda y se dirige á la iglesia.)

VENANC.— Coronado viene. (Llamándole.) ¡Eh, don Pío, que estamos aquí! (A Senén.) Veamos si éste ha sido más afortunado que nosotros.

ESCENA II

VENANCIO, SENÉN, DON PÍO.

SENÉN.—¿Le ha encontrado usted?

D. PÍO.—Sí.

VENANC.—¿Dónde?

D. PÍO.—En el Páramo, vagando como alma en pena.

SENÉN.—Está loco.

D. Pío.—Irritado más bien, porque á viva fuerza le quitaron la compañía de la señorita Dolly. Juntos volvimos á la villa. Su Excelencia entró en casa del Alcalde para conferenciar con la señora Condesa y proponerle...

Los dos.—(Vivamente, con curiosidad.) ¿A ver... qué?

D. Pío.—Puesto que abuelo y madre se disputan la linda pareja de niñas, el Conde discurre, como Salomón, que el objeto disputado debe partirse. Una niña para cada uno. ¿Qué tal? Es buena idea.

Venanc.—¡Hum, hum...! Allá le dirán que la señora está en sus devociones. Verás como no tarda el león en aparecerse por aquí. (Mirando á la calle.) Ya tenía tiempo de dar la vuelta.

Senén.—Aquí le aguardo...

Venanc.—Y yo entraré á prevenir á la señora para que procure zafarse de esta nueva embestida del viejo. (Óyese órgano. Muchas personas salen de la iglesia y se van por las calles. Venancio entra en la iglesia por la puerta que conduce á la sacristía.)

D. Pío.—Ha concluído el sermón.

ESCENA III

Senén, don Pío; después, el Conde.

Senén.—(A don Pío, que mira hacia la izquierda.) ¿Viene ese hombre?

D. Pío.—No le veo.

Senén.—¿No distingue usted en la penumbra de la calle la majestad triste del gran Albrit?

D. Pío.—(Observando.) Me parece... No, no es él. (Súbitamente.) Sí... aquí viene... Mírale.

Senén. — El és. (Aparece el Conde por la izquierda. Ambos van á su encuentro.)

El Conde.—¿Quién está aquí?

D. Pío.—Señor...

El Conde.—(Reconociéndole por la voz.) ¡Ah! Coronado, buen amigo... ¿Y tú, quién eres?

Senén.—Otro buen amigo de Vuecencia, el mejor quizás.

El Conde.—¡Ah! por el olfato y el oído te reconozco, reptil perfumado. *Vade retro.*

Senén.—El señor Conde es muy injusto.

El Conde.—¿Es cierto que tu ama está en la iglesia?

SENÉN.—En el presbiterio, ocupando el sitial de Vuecencia.

EL CONDE.—Quiero hablar con ella al instante. ¿Por dónde entro?

SENÉN.—Más cuenta le tiene á Vuecencia hablar conmigo.

EL CONDE.—¡Contigo! ¿Qué quieres decirme?

SENÉN.—Lo primero, que la diablesa, repudiada por su diablo, hace ahora, delante del mismo Dios, la farsa del arrepentimiento.

EL CONDE.—(A don Pío.) ¿Es verdad?

D. PÍO.—Señor, no lo sé.

EL CONDE.—¡Lucrecia arrepentida! Necesito verlo. Y si es verdad lo que dices, no dudo que aceptará lo que le propongo... (Inquieto.) Coronado, amigo mío...

D. PÍO.—Aquí estoy, señor.

EL CONDE.—Te ruego que vayas á la casa del Alcalde; que trates de penetrar, con cualquier pretexto, hasta donde esté Dolly; hablas con ella...

D. PÍO.—Iré, señor.

EL CONDE.—Y le dices que no desmayo, que ha de ser mía, mía. Lo he jurado por mi glorioso nombre. (Vase don Pío. El Conde se pasea agitado.)

ESCENA IV

EL CONDE, SENÉN.

EL CONDE.—Confesada ó por confesar, no creo que la perdone Dios.

SENÉN.—Ni Dios ni los hombres la perdonarán.

EL CONDE.—Déjame. Te desprecio.

SENÉN.—Una palabra, señor Conde, y con ella pasará de mi mano á la de Vuecencia, de mi ser á su ser, la verdad que busca.

EL CONDE.—(Con gran interés, llegándose á él y cogiéndole por las solapas.) Habla... habla... Si eres una cloaca, en la cual se ha caído una piedra preciosa, ábrete pronto. Entrégame tu tesoro...

SENÉN.—Siempre fuí un hombre leal y discreto.

EL CONDE.—Y ya no lo eres. Bien... Dame esa verdad... dámela, aunque salga manchada de tus labios.... ¿Eres tú el único que la posee?

SENÉN.—El único.

EL CONDE.—(Sacudiéndole con energía.) Pero si me engañas... prepárate á morir á mis manos.

SENÉN.—Tendrá Vuecencia la verdad... con pruebas.

EL CONDE.—Pronto, pronto.

SENÉN.—Con pruebas, señor. (Mete la mano en el bolsillo del pecho.) Creo prestar á Vuecencia un gran servicio sacándole de un grave error. (El Conde clava en él sus ojos.) La hija falsa, la espúrea... es Dolly.

EL CONDE.—(Aterrado.) ¡Oh, no, no...! Tú mientes. (Poseído súbitamente de furor trágico.) Lacayo vil, mientes... y yo, ahora mismo... (Se arroja sobre él, clavándole ambas manos en el pecho.) ¡Te ahogo, rufián! (Forcejea. El Conde, aunque anciano, es mucho más vigoroso que Senén. Le arroja con violencia sobre los escalones de la cruz.) ¡Villano, serpiente, te ahogo, te aplasto...

SENÉN.—(Incorporándose.) ¡Qué furor! ¡Así paga mi servicio...! Tengo pruebas...

EL CONDE.—¡Falsario, traidor...! Dolly es mi sangre.

SENÉN.—(Trémulo, descompuestos cabello y rostro, registrándose los bolsillos.) Aquí la verdad... tan verdad como que hay Dios. (Saca un paquetito de papeles.)

EL CONDE.—Venga. (Arrebata el paquete, lo deshace; siente repugnancia, horror; devuelve el paquete á Senén.) No, no... toma tus infames papeles... Guárdalo todo en tu pecho inmundo.

SENÉN.—Guárdelo Vuecencia... Las pruebas le pertenecen, como le pertenece la verdad que acabo de revelarle. (Sale Nell de la sacristía con acompañamiento de señoritas. Todas llevan la caperuza de franela.) Señor, aquí sale Nell. (Apártase del Conde.)

ESCENA V

EL CONDE, NELL; SENÉN, apartado á la izquierda.

NELL.—Abuelito mío, ¿por qué no has entrado? Arriba, junto al altar, tienes tu silla.

EL CONDE.—(Mirándola de cerca.) Nell, ¡qué hermosa estás! Veo la caperuza blanca.

NELL.—Esta fué de mi abuelita, la Condesa Adelaida, tu santa esposa.

EL CONDE.—(Besando con religioso respeto el borde de la franja.) ¡Oh, dulcísima prenda! (Aproximando más su rostro al de Nell.) Veo tu rostro... Aureola de nobleza y majestad lo rodea.

NELL.—(Sorprendida de la emoción del anciano.) Albrit, ¿por qué me miras así? ¿Por qué tiemblan tus manos?... ¿Lloras?

EL CONDE.—(En su alma, hondamente removida, entra una onda impetuosa: es el convencimiento de que tiene entre sus manos las de la legítima sucesora de Laín y Albrit.) Rama florida de Arista-Potestad, Dios te bendiga.

NELL.—(Apenada, atribuyendo las palabras del anciano á desconcierto de su razón.) Abuelo querido, retírate a la Pardina. Mañana, antes de partir mi hermana y yo, iremos á verte.

EL CONDE.—(Muy agitado.) No vayáis, porque no me encontraréis.

NELL.—¿Pero qué?... ¿Huyes de nosotras?

EL CONDE.—Sucesora de Albrit... futura Marquesa de Breda... sigue tu camino lleno de luz, y déjame en el mío tenebroso.

NELL.—(Confusa.) Papaíto, ¿qué razón hay para tanta tristeza? ¡Si te queremos lo mismo!... Yo te aseguro que vendremos á verte, y que nos enojaremos con mamá si no nos trae.

EL CONDE.—No os traerá. ¿Y para qué?... ¿Qué soy yo? Un despojo miserable... El viejo tronco muere; pero quedas tú, gallardísimo árbol nuevo, que perpetuarás mi nombre y mi raza.

NELL.—(Con ternura.) Abuelo mío, si tanto me quieres, ¿por qué no haces lo que yo digo, lo que yo... te aconsejo? Acepta el recogimiento de Zaratay.

EL CONDE.—(Lastimado en lo más vivo.) Adiós, Nell. Vete con tu madre.

NELL.—En Zaratay estarás muy bien. Iremos á verte.

EL CONDE.—(Con gran desaliento.) Adiós, Nell...

NELL.—Abuelito mío. (Le besa las manos.)

EL CONDE.—Adiós. (Apártase de ella resueltamente. Nell, con las señoritas que la acompañan, se retira por la calle.)

ESCENA VI

Los mismos; después VENANCIO, que sale de la iglesia; tras él LUCRECIA (viste de negro).

EL CONDE.—(Angustiado.) ¡Horrible, horrible! No anhela vivir en mi compañía... Como su madre y mis desleales amigos, quiere encerrarme. No, no es ésta la legítima; no puede serlo... Todos me engañan.

SENÉN.—Menos yo.

VENANC.—Señor... La señora Condesa...

EL CONDE.—(Acudiendo al encuentro de la Condesa.) ¡Ah, Lucrecia... perdóneme usted que la detenga!...

LUCREC.—Señor...

EL CONDE.—Hablo á un alma que ha intentado (Corrigiéndose), que ha conseguido regenerarse en la penitencia.

LUCREC.—Espero demostrar al mundo que mis propósitos de enmienda son sinceros.

EL CONDE.—Pues si en ese alma ha penetrado la verdad, no me niegue la que yo le pido; no me la niegue usted, por lo que más quiera en el mundo. Con esa verdad me dará usted la paz, me devolverá la razón que he perdido.

LUCREC.—La terrible cuestión surge otra vez ante mí.

EL CONDE.—Ante usted siempre, mientras yo viva. Lucrecia, valor, sinceridad.

LUCREC.—La sinceridad está en mi espíritu; pero aún no tiene fuerza para pasar del espíritu al lenguaje.

EL CONDE.—¡Oh... vano pudor de la palabra! (Consternado.) ¿Callará usted aún?

LUCREC.—No.

EL CONDE.—Al fin... La verdad...

LUCREC.—(Con grande emoción.) Acabo de autorizar á mi confesor para que revele al padre de mi esposo la verdad que busca.

EL CONDE.—¡Oh... gracias! (Agradecido le besa la mano. Lucrecia se retira por la derecha. El Conde permanece un momento aturdido. En cuanto ve desaparecer á Lucrecia, exclama con ardiente inquietud:) Ese confesor... ¿dónde está?

VENANC.—Aquí. (Señala por la puerta que conduce á la sacristía.) El santo Prior...

EL CONDE.—¡Verdad, ya te tengo, ya! (Corre presuroso hacia la iglesia y entra en la sacristía.)

ESCENA VII

VENANCIO, SENÉN; después, DON PÍO.

VENANC.—De esta hecha acabará de perder el sentido.

SENÉN.—El desengaño agotará las fuerzas de su alma... Sus buenos amigos harán de él lo que quieran.

VENANC.—Corramos á prevenirles, para que, reunidos, acuerden la mejor manera de cazarle esta noche, sin ruido ni escándalo...

SENÉN.—Y puedan llevarle, antes de amanecer, al santo Monasterio...

D. PÍO.—(Entrando presuroso por la izquierda.) ¿El señor Conde...?

VENANC.—Aguárdele aquí.. De seguro le verá salir trastornado, perdido totalmente el juicio... Obsérvele, entérese del camino que toma la pobre bestia herida, y avísenos.

D. PÍO.—¿Dónde estarán ustedes?

VENANC.—En la Alcaldía... Mucho ojo. (Salen Venancio y Senén.)

D. PÍO.—Idos con Dios... (Solo, confuso.) Que saldrá el león herido... que le observe... que le siga los pasos... Aguardaré... No entiendo... Aquí... en la sacristía... (Mirando al interior del edificio por la puerta de la sacristía.) ¡Jesús! (Asustado.) Aquí viene.

ESCENA VIII

DON PÍO.—EL CONDE: sale de la sacristía, vacilante, descompuesto, trastornado.

EL CONDE.—¿No hay un rayo del Cielo que me haga ceniza? Nell es la verdadera; la falsa es Dolly, la que me ama... ¡Vanidades del mundo, grandezas del honor, con qué mueca tan horrible me miráis! (Reparando en don Pío, pero sin conocerle.) ¿Quién va? ¿quién está aquí?

D. PÍO.—Señor...

EL CONDE.—(Con repugnancia, desconociéndole.) ¡Ah... Senén!...

D. PÍO.—No soy Senén...

EL CONDE.—(Persistiendo en su ofuscación.) No me toques, reptil. Tu contacto da frío... Guárdate tus verdades... engáñame... déjame vivir; devuélveme mis dudas... Ya no dudo: luego no existo. Esto que ves no es la persona de Albrit: es su esqueleto.

D. PÍO.—Señor, ¿qué disparates dice? ¿De veras no me conoce? Soy Coronado.

EL CONDE.—(Recordando.) Coronado...

D. PÍO.—Fuí á casa del Alcalde, como Vuecencia me mandó... logré ver á la niña, le dije...

EL CONDE.—(Estremeciéndose.) No nombres á las niñas de Albrit... ¡Qué feas son!... repugnantes como gusanos venenosos... La legítima no me quiere... me manda al manicomio. Dolly, que me ama, no es mi nieta... Dime dónde está el hoyo más hondo de basura y lodo para meterme, y hacer en él mi cama eterna...

D. Pío.—(Afectuoso, compasivo.) Albrit... señor Conde, hijo mío... no piense cosas malas... Si el señor Conde no tiene á nadie en el mundo que le ame, le amaré yo. (Con viva emoción le abraza.)

El Conde.—(Participando de la emoción de don Pío.) ¡Ah!... ahora te conozco... sublime Coronado, mi amigo del alma. (Le abraza.) Gran filósofo, dame la mano. No puedo ya con mis huesos, que pesan como barras de plomo.

D. Pío.—(Sosteniéndole.) Descanse Vuecencia... Sentémonos aquí. (Le lleva al banco de piedra al pie de la cruz. Ambos se sientan.)

El Conde.—Soy todo tribulación, amargura... ya no tengo nietas, ya no tengo amor.

D. Pío.—Ame Vuecencia á la Humanidad: sea como Dios, que ama por igual á todas las criaturas.

El Conde.—Por eso es tan grande. Él crea, Él ama, Él no distingue de jerarquías... Y yo quiero que me digas, gran filósofo, ¿qué piensas tú del honor?

D. Pío.—(Lleno de confusiones.) El honor... pues el honor... Yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dice también *honores fúnebres*, *el honor nacional*, *el campo del honor*... En fin, señor, no sé lo que es.

El Conde.—Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los nombres... Yo he llegado á creer esta noche... y te lo digo con toda franqueza... que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

D. Pío.—(Aguzando el entendimiento.) Pues el honor... si no es la virtud, el amor al prójimo y el no querer mal á nadie, ni á nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo que es.

El Conde.—Paréceme, buen Coronado, que descubres un mundo, mundo lejano todavía... lo ves entre brumas.

D. Pío.—(Inquieto.) Lo que veo, señor, es que aquí no está Vuecencia seguro. (Vira á un lado y otro.)

El Conde.—¿Por qué?

D. Pío.—(Con misterio.) Tratan de cazar á Vuecencia.

El Conde.—Yo te aseguro que vivo no cazarán al león.

D. Pío.—Si Vuecencia quiere libertad, salga de Jerusa. Huyamos... pues yo también deseo escapar...

El Conde.—Calma. Nos iremos. En todos los pueblos de esta tierra tengo amigos, antiguos colonos de Albrit, que desean acogerme.

D. Pío.—Pues huyamos, señor. (Impaciente y desasosegado.) Vámonos lejos,

lejos... Temo que vengan. (Levántase y mira á distintos puntos de la calle.)

El Conde.—Yo nada temo... ¿Pero viene alguien?

D. Pío.—No veo... ¡Ah! sí... por allí distingo un bulto...

El Conde.—Será un vagabundo... (Pausa. En el silencio grave de la noche, suena lejana la voz de Dolly gritando: «¡Abuelo!...»)

D. Pío.—(Escuchando.) ¿La voz de Dolly?

ESCENA ÚLTIMA

El Conde, don Pío, Dolly.

El Conde.—¡La voz de Dolly!... ¡No, no: es mugido del viento!... ¡Dios mío, qué extraña sensación! (Óyese el grito de Dolly más cerca.)

D. Pío.—Pues sí, me parece que es Dolly.

El Conde.—¡Dolly! ¿Pero qué, se abre la tierra y me traga?

Dolly.—(Aparece por la izquierda: cogea un poco, como si le doliera un pie.) Abuelito querido... ¡lo que me ha costado encontrarte! ¿Sabes? Me escapé de la casa del Alcalde... corrí á la Pardina... y en la puerta me dijeron que te habían visto venir hacia la iglesia. (Acercándose.) ¿Pero qué haces? ¿Vuelves la cara? (El Conde se agarra tan fuertemente á don Pío, que parece querer estrujarle.)

D. Pío.—Cuenta, niña... ¿Dices que escapaste...?

Dolly.—Tuve que saltar por la verja... Me lastimé un pie... Se le antojó al Alcalde ponerme presa en su despacho, porque dije á mamá que á todo trance quería quedarme en Jerusa con el abuelo, vivir siempre con él... ¡Ay, lo que he corrido!

El Conde.—(Con estupor terrorífico.) Veo la ignominia, veo la sublimidad... no sé lo que veo... ¿Se hunde el Cielo, se acaba el mundo, ó qué pasa aquí?

Dolly.—(Acongojada.) Papaíto, ¿por qué no miras á tu Dolly? ¿Qué dices? ¿Ya no quieres á tu Dolly?

El Conde.—(Desconcertado.) Eres mi oprobio. ¿Por qué me amas?

Dolly.—¡Vaya una pregunta! (Acariciándole.) Ya te dije esta mañana que tu Dolly no se separará nunca de ti... A donde tu vayas, voy yo... Váyase mi hermana con mamá. Yo quiero compartir tu pobreza, cuidarte, ser tu hijita del alma.

El Conde.—(Agitadísimo.) ¡Oh, Dolly, Dolly...!

Dolly.—¿Qué tienes?

El Conde.—Parece que me ahogo. Creeré que Dios desgarra con sus manos mi pecho y se mete dentro de mí... Es tan grande, tan grande... ¡ay! que no cabe...

Dolly.—Si Dios entra en tu corazón, allí encontrará á Dolly con su patita coja... Abuelo, abuelo mío, cuando todos te abandonan, yo soy contigo. (Le abraza y le besa.)

El Conde.—(Alelado.) Cuando todos me desprecian, tú eres conmigo. El mundo entero pisotea el tronco de Albrit, y Dolly hace en él su nido.

Dolly.—Sí que lo haré... Llévame contigo á donde quiera que vayas, ó me moriré de pena.

El Conde.—(Elevando hacia el cielo sus manos.) Señor, del seno del cataclismo salen para mí tus bendiciones... Ya veo que de nada valen los pensamientos, los cálculos y resoluciones del ser humano. Todo ello es herrumbre que se desmorona y cae... Lo de dentro es lo que permanece... El alma no se oxida.

D. Pío.—(Con hermosa ingenuidad.) Señor, ¿hacia qué parte de los cielos ó de los abismos cae el honor? ¿En dónde está la verdad?

El Conde.—(Abrazando á Dolly.) Aquí... Huyamos. Dios nos protegerá. A Dolly no le importa la pobreza.

Dolly.—Yo te haré rico y dichoso con mi cariño.

El Conde.—Ven á mis brazos... (En actitud de tomarla en brazos para llevarla á cuestas.) Dios te ha traído á mí... (Con grande efusión.) Niña mía... amor... la verdad eterna. (Se dirigen hacia la derecha.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.—El caballero encantado.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—Las [illegible] Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.—Amor y Ciencia, comedia.—Pedro Minio, comedia.—Casandra, drama.

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un facccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—Prim.—La de los tristes destinos.—*Serie final:* España sin Rey.—España trágica.—Amadeo I.—La primera República.—De Cartago á Sagunto.—Cánovas.—En preparación: Sagasta.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2 pesetas.**

Memoranda: un tomo, **2 pesetas.**